

Martín F. Ríos Saloma

La reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)

México/Madrid

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/
Marcial Pons Ediciones de Historia

2011

352 p.

ISBN 978-84-92820-47-4 (Marcial Pons Ediciones de Historia)
ISBN 978-607-02-2281-8 (UNAM, IIH)

Formato: PDF

Publicado: 27 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/reconquista/historiografica.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México.

Capítulo III

La Reconquista en la historiografía de la primera mitad del siglo XIX: una reinterpretación en claves románticas y nacionalistas

El surgimiento de los Estados nacionales contemporáneos reclamó la construcción de una identidad colectiva basada en nuevos valores, sentimientos, lealtades y conceptos como los de *pueblo*, *patria* y *nación* que, aunque existían desde la centuria anterior, se cargaron de nuevos significados¹. Ello dio nacimiento a una de las modernas identidades colectivas, en las que las personas ya no se definen sólo por su pertenencia a una religión, sino por su pertenencia a un país determinado y por el hecho de asumir los valores nacionales como propios, es decir, por su nacionalidad².

¹ Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, «Conceptos y metáforas en la política moderna. Algunas propuestas para una nueva historia político-intelectual», www.javierfsebastian.es/publicaciones/Conceptos-y-metaforas-en-la-politica-moderna.pdf.

² Sobre el nacionalismo, véanse los estudios clásicos de Eric HOBBSBAM, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica, 2004, e íd., «Introducción», en *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002. Véase también Ernest GELLNER, *Naciones y nacionalismos*, Madrid, Alianza Editorial, 1988. Para el caso español remito a los trabajos de José ÁLVAREZ JUNCO, «The Nation-Building Process in Nineteenth-Century Spain», en Mar MOLINERO y Ángel SMITH (eds.), *Nationalism and the nation in the iberian peninsula. Competing and conflicting identities*, Oxford, Berg, 1996, pp. 89-102, e íd., «The formation of Spanish Identity and its Adaptation to the Age of Nations», *History and Memory*, núm. 14, 2002, pp. 13-36, así como los estudios de Inman FOX, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1997; Borja DE RIQUER y PERMANYER, «El surgimiento de las nuevas identidades contemporáneas: propuesta para una discusión», *Ayer*, núm. 35, 1999, pp. 21-52, y José María PORTILLO

Para inculcar estos valores, el Estado se sirvió de numerosas herramientas³. Una de las más importantes fue la historiografía, en tanto que adquirió un carácter nacional mediante el cual se pretendían alcanzar tres objetivos: exaltar los rasgos o procesos que diferenciaban a unos grupos de otros; mostrar la permanencia de un pueblo y de sus características a lo largo de la historia, y dotar a las distintas provincias que conformaban un Estado de un pasado común con el cual contribuir a la conformación de un sentimiento de pertenencia e identidad colectiva entre sus ciudadanos⁴.

España no escaparía a ninguna de las anteriores formulaciones, de tal suerte que la figura de Pelayo, la batalla de Covadonga, la lucha contra los musulmanes y la defensa de la libertad, de la patria y de la religión se convirtieron en los elementos sobre los que se sustentó la creación de la moderna identidad española. Por encima de sus diferencias locales o regionales, todas las provincias fueron dotadas de un pasado común que las integraba en una nación y que las diferenciaba de las otras naciones europeas⁵. Tal pasado no era otro que la lucha por reconquistar la patria de manos del invasor extranjero. En la construcción de esta identidad colectiva no sólo participaron historiadores, que en muy pocos casos fueron sólo historiadores, sino también literatos que a través del relato de los episodios nacionales recrearon el pasado dotándolo de vivos colores, aunque no siempre con el rigor histórico necesario.

Sin embargo, hay que recordar que los esfuerzos realizados por el gobierno central a lo largo de la centuria en aras de la conformación de una identidad nacional única basada en un pasado tenido por «común» para to-

VALDÉS, *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Madrid, CEPC, 2000.

³ Sobre estos aspectos, véanse HOBBSAWM, «Introducción» y «La fabricación en serie de tradiciones: Europa 1870-1914», en *La invención de la tradición...*, *op. cit.*, pp. 260-318, y NORA, «Introduction», *op. cit.*, vol. I, pp. VII-XLI.

⁴ Sobre la historiografía europea del siglo XIX, véanse Georges GOOCH, *Historia de historiadores en el siglo XIX*, México, FCE, 1942, y Georges LEFEBVRE, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1974. Para España, véanse Manuel MORENO ALONSO, «El sentimiento nacionalista en la historiografía española del siglo XIX», en *Nation et nationalités en Espagne XIX-XXème siècles. Actes du colloque international organisé du 28 au 31 mars à Paris*, París, Éditions de la Fondation Singer-Polignac, 1985, pp. 64-122; José Manuel CUENCA TORIBIO, «La historiografía sobre la Edad Contemporánea», en José ANDRÉS-GÁLLEGO (coord.), *Historia de la historiografía española*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1999, pp. 183-296; Roberto LÓPEZ VELA, «De Numancia a Zaragoza», en GARCÍA CÁRCCEL (coord.), *La construcción de las historias de España*, *op. cit.*, pp. 195-288; José ÁLVAREZ JUNCO, «Historia e identidades colectivas», en Juan José CARRERAS y Carlos FORCADELL (coords.), *Usos públicos de la historia*, Madrid, Marcial Pons Historia-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, pp. 47-67.

⁵ Cfr. Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS, quien ha subrayado la importancia del proceso de construcción identitaria en sentido inverso o complementario, es decir, de lo regional hacia lo «nacional», en «Presentación», *Ayer*, núm. 64, 2006 (4), pp. 11-17.

dos los españoles no dieron los resultados esperados. De todos los factores que imposibilitaron su desarrollo, estudiados por Álvarez Junco⁶, debo señalar al menos aquellos que se encuentran en relación directa con nuestro tema de estudio: primero, la falta de acuerdo entre los grupos ideológicos sobre qué héroes y qué valores habría que exaltar, puesto que mientras los grupos liberales se decantaron por «el pueblo» y los héroes populares, los conservadores se decantaron por la monarquía y la Iglesia, y los valores que ambas instituciones encarnaban⁷; segundo, el gran peso de la Iglesia y de los valores por ella promovidos, puesto que entendía como un atentado al carácter constitutivo de España —católica por naturaleza— toda acción y todo discurso realizado en su contra⁸; tercero, las profundas divisiones sociales existentes en la España del siglo XIX que hacían imposible que las clases populares —en su inmensa mayoría analfabetas y pobres— se adhirieran a los programas de la burguesía acomodada y culta. Sin embargo, el hecho de que a la postre los resultados obtenidos no hayan sido los originalmente planteados no significa que el esfuerzo realizado no hubiera dado ciertos frutos y es innegable que las clases dirigentes lograrían, al menos, impulsar el desarrollo de una memoria nacional. De esta suerte, la historiografía no sólo contribuyó de manera sustancial a tal desarrollo, sino que también recibió los influjos del nacionalismo.

La historiografía del siglo XIX: algunas características

La producción historiográfica española decimonónica tradicionalmente fue estudiada en función de criterios cronológicos, de tal modo que se establecían dos grandes etapas separadas por el hito que significó la refundación de la Real Academia de la Historia en 1847 y la publicación de la *Historia general de España* de Modesto Lafuente en 1850. Así, la producción realizada entre 1830 y 1850 estaría marcada por el romanticismo, en tanto que aquella elaborada a partir de esta última fecha sería de carácter positivista⁹.

Los últimos estudios, sin embargo, muestran que este criterio de clasificación es, cuando menos, insuficiente, pues no refleja la complejidad de

⁶ ÁLVAREZ JUNCO, «Éxitos y fracasos en el nacionalismo español del XIX», en *Mater Dolorosa...*, op. cit., pp. 499-654.

⁷ CARLOS SERRANO, «Cambios de banderas», «La conquista de la palabra simbólica: himno y poder» y «Guerrillas callejeras madrileñas», en *El nacimiento de Carmen: símbolos, mitos, nación*, Madrid, Taurus, 1999, pp. 75-182, y JOSÉ MANUEL NIETO SORIA, *Medievo constitucional. Historia y mito político en los orígenes de la España contemporánea (ca. 1750-1814)*, Madrid, Akal, 2007.

⁸ CAROLYN BOYD, «El debate sobre “la Nación” en los libros de texto de historia de España, 1875-1976», en CARRERAS Y FORCADELL (coords.), op. cit., pp. 145-171, esp. p. 170.

⁹ MANUEL MORENO ALONSO, *Historiografía romántica española. Introducción al estudio de la historiografía en el siglo XIX*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979.

las corrientes historiográficas del siglo XIX. Esta complejidad está dada no sólo por la influencia del romanticismo o del positivismo, sino también por la posición social de los autores, por su filiación a alguno de los sectores del espectro político-ideológico y por su pertenencia o no a algunas de las corporaciones dedicadas al estudio de la historia¹⁰. En este sentido, la historia no sólo servía para constituir la memoria de la nación, sino también para legitimar el acceso al poder de un grupo o de una tendencia política determinada. La historia, útil por definición, era también útil por necesidad. Los trabajos de Álvarez Junco, Boyd, Pérez Garzón, Cirujano Martín, Pellistrandi, Peiró Martín, Wulff, López Vela y Esteban de Vega han significado pasos importantes en la comprensión de estas relaciones¹¹.

Un primer acuerdo consiste en reconocer que la actividad histórica e historiográfica española —edición de fuentes, redacción de historias nacionales, investigaciones monográficas— y la profesionalización del oficio de historiador se iniciaron tardíamente si se toman como puntos de referencia Francia y Alemania. En efecto, la refundación de la Real Academia de la Historia en 1847 sería acompañada de la fundación de la Escuela Superior de Diplomática (1856), del Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios (1858) y del Archivo Histórico Nacional (1866)¹². A partir de ese momento, las instituciones publicarían numerosas colecciones documentales como, por ejemplo, la *España Sagrada* (5 volúmenes) o las *Actas de las Cortes de Castilla* (19 volúmenes). Los historiadores profesionales, por su parte, ejercerían su actividad o bien como miembros del Cuerpo Facultativo o como profesores de la naciente Universidad Central (1836). En este mismo sentido, los autores arriba mencionados han llegado a la conclusión de que la tardía aparición de las historias generales de tendencia liberal (iniciada en la década de 1840) fomentó o permitió la aparición de historias locales en el País Vasco y Cataluña que, a su vez, reflejaban el proceso de construcción de los nacionalismos alternativos al nacionalismo español de marcado carácter castellano¹³.

Un segundo consenso reside en el reconocimiento del papel protagónico desempeñado por las dos grandes corporaciones madrileñas en el Reino

¹⁰ Ignacio PEIRÓ, «Valores patrióticos y conocimiento científico: la construcción histórica de España», en Carlos FORCADELL (ed.), *Nacionalismo e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998, pp. 29-51.

¹¹ Doy cumplida cuenta de todos estos trabajos en la bibliografía final.

¹² Benoît PELLISTRANDI, *Un discours national? La Real Academia de la Historia, entre science et politique (1847-1897)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2004, pp. 4-10. Sobre la Escuela Superior de Diplomática, véase Gonzalo PASAMAR e Ignacio PEIRÓ, *La Escuela Superior de Diplomática (Los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid, Anabad, 1996.

¹³ Antonio MORALES MOYA y Mariano ESTEBAN DE VEGA (eds.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2005.

de Clío y dentro de la vida social y política de la España del siglo XIX: el Ateneo de Madrid¹⁴ y la Real Academia de la Historia¹⁵. Conformadas una y otra por lo más granado de la sociedad madrileña —y, por lo tanto, de la sociedad española— tuvieron entre sus miembros a ministros, políticos, nobles y eclesiásticos. De esta suerte, eran las propias élites políticas y económicas que regían el país las que se encargaban de escribir la historia de la nación. Si durante los decenios que transcurren entre 1850 y 1870 una y otra tuvieron un protagonismo similar, a partir de 1876, la Real Academia de la Historia se convertiría no sólo en la institución académica más influyente, sino también en un instrumento político al servicio del sistema canovista, de manera que los sillones servirían para afianzar alianzas políticas y familiares, lo que generaría una imbricada red de padrinazgos¹⁶. Al mismo tiempo, el discurso histórico se convertiría en un instrumento de poder y serviría como uno de los principales mecanismos de legitimación del régimen de la Restauración. Más adelante veremos las implicaciones que ello tendría en las percepciones sobre los acontecimientos del siglo XVIII y de la historia de la Edad Media en general.

El tercer acuerdo estriba en señalar que a partir de la segunda mitad del siglo XIX convivieron tres corrientes historiográficas, reflejo de otras tantas tendencias políticas. Una primera corriente sería la liberal-moderada¹⁷, iniciada por Modesto Lafuente y continuada por Fernando Patxot y Ferrer (1812-1859), Antonio Cavanilles¹⁸ (1805-1864), Eduardo Zamora y Caballero¹⁹ (1835-1899) y Víctor Balaguer²⁰ (1824-1901), y que cristalizaría —si bien el proyecto quedó inconcluso— en la His-

¹⁴ PELLISTRANDI, *Un discours national?...*, *op. cit.*, pp. 101-106.

¹⁵ Ignacio PEIRÓ, *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995, y Paloma CIRUJANO, Teresa ELORRIAGA y Juan Sisinio PÉREZ, *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*, Madrid, CSIC, 1985.

¹⁶ Ignacio PEIRÓ, «Los historiadores oficiales de la Restauración (1874-1910)», en *BRAH*, t. 193-1, 1996, pp. 14-60.

¹⁷ GARCÍA CÁRCEL, «Introducción», en GARCÍA CÁRCEL, *La construcción de las historias de España...*, *op. cit.*, p. 30. Sobre la historiografía liberal, véanse el artículo de Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, «Nación española y revolución liberal: la perspectiva historiográfica de los coetáneos», en Carlos FORCADELL e Ignacio PEIRÓ (coords.), *Lecturas de historia. Nueve reflexiones sobre la historia de la historiografía*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, pp. 23-54, y el capítulo III, «Historias Liberales» del trabajo de WULF, *Las esencias patrias...*, *op. cit.*, pp. 97-124.

¹⁸ Antonio CAVANILLES, *Historia de España*, 5 vols., Madrid, J. Martín Alegría Impresor, 1860-1863.

¹⁹ Eduardo ZAMORA y CABALLERO, *Historia general de España y de sus posesiones de ultramar desde los tiempos primitivos hasta el advenimiento de la república*, 5 vols., Madrid, José Antonio Muñoz y Compañía, 1873-1875.

²⁰ Víctor BALAGUER y CIRERA, *Historia de Cataluña*, 2.ª ed., 11 vols., Madrid, Imprenta M. Tello, 1885-1887.

*toria de España*²¹ coordinada por Cánovas del Castillo (1828-1897). Esta corriente buscaría el equilibrio entre una historia constitucional en la que tuviesen la misma importancia el pueblo como depositario de la soberanía —representado por sus Cortes— y una historia apegada a las tradiciones españolas en la que quedase debidamente resaltado el carácter cristiano del pueblo español, así como el papel desempeñado por la monarquía y la Iglesia a lo largo de la historia, todo ello con una marcada impronta europeísta²².

Una segunda tendencia sería la liberal progresista, representada por Francisco Pi y Margall²³ (1824-1901), Emilio Castelar y Ripoll²⁴ (1832-1899), Miguel Morayta y Sagrario²⁵ (1834-1917) y Juan Ortega Rubio²⁶ (1845-1921), la cual, aunque aparentemente opacada por la historiografía moderada, daría su fruto más acabado al iniciar el siglo XX con la aparición de la *Historia de la Civilización española* de Rafael Altamira²⁷. En esta corriente es el pueblo el verdadero protagonista de la historia, aunque tanto la Iglesia como la monarquía encontrarían un lugar propio²⁸.

Una tercera línea sería la conservadora-católico-integrista²⁹, representada por Próspero de Bofarull³⁰ (1777-1859), Víctor Gebhardt³¹

²¹ Antonio CÁNOVAS DEL CASTILLO (coord.), *Historia general de España escrita por individuos de número de la Real Academia de la Historia*, 18 vols., Madrid, El Progreso Editorial, 1892 y ss.

²² GARCÍA CÁRCEL, *La construcción de las historias de España...*, op. cit., p. 30.

²³ Francisco PI y MARGALL, *Estudios sobre Edad Media*, Madrid, Dirección y Administración, 1873, y Pablo PI FERRER y Francisco PI y MARGALL, *Cataluña*, 2 vols., Barcelona, Joaquín Verdagué, 1849.

²⁴ Emilio CASTELAR, *Estudios históricos sobre Edad Media y otros fragmentos*, Madrid, A. De San Martín Impresor, 1875.

²⁵ Miguel MORAYTA, *Historia general de España desde los tiempos ante-históricos hasta nuestros días*, 9 vols., Madrid, Felipe González Rojas Impresor, 1886-1896.

²⁶ Juan ORTEGA RUBIO, *Historia de España*, 2 vols., Madrid, Librería Editorial Bailly-Baillière e Hijos, 1908.

²⁷ Rafael ALTAMIRA, *Historia de España y de la civilización española*, 3 vols., Barcelona, Herederos de Juan Gili, 1913.

²⁸ La mayoría de los autores hablan sólo de dos corrientes historiográficas, pero me parece más clarificador suscribir las posturas de Jover Zamora, y considerar a la vertiente progresista del liberalismo como una corriente en sí misma. «El siglo XIX en la historiografía española de la época de Franco (1939-1972)», en José María JOVER, *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, RAH, 1999, pp. 25-271.

²⁹ Véase, asimismo, WULFF, «Las esencias patrias del catolicismo integrista», en op. cit., pp. 147-150, y ÁLVAREZ JUNCO, «La opinión conservadora, entre religión y nación», en *Mater dolorosa...*, op. cit., pp. 305-498.

³⁰ Próspero DE BOFARULL Y MASCARÓ, *Los condes de Barcelona vindicados y cronología y genealogía de los Reyes de España considerados como soberanos independientes de su marca*, 3 vols., Imprenta de J. Oliveras y Monmany, Barcelona, 1836.

³¹ GEBHARDT, op. cit.

(1830-1894), Manuel Merry y Colón³² (1835-1894) y Francisco Simonet³³ y que tendría en Marcelino Menéndez y Pelayo³⁴ (1856-1912) a su principal paladín. En este sentido, existe un acuerdo general en el hecho de que la derrota militar del ala más radical del conservadurismo —el carlismo— no significó la anulación de su memoria histórica y que los miembros de estos grupos ideológicos encontraron en las esencias católicas de España la clave para explicar el pasado y para enfrentarse al futuro³⁵. En todas estas historias, tanto la monarquía como la Iglesia tendrían un papel destacadísimo y se señalaría el hecho de que las crisis suscitadas a lo largo del devenir histórico nacional habrían sido consecuencia del abandono de las esencias y los valores tradicionales españoles, es decir, católicos, por lo que el enderezamiento de las cosas de España sólo podía lograrse mediante la recuperación de dichas esencias³⁶.

Una última característica consiste en que cualesquiera que fuesen las tendencias políticas e ideológicas de los hombres que se dieron a la tarea de escribir historia, todos persiguieron el doble objetivo de exaltar la historia nacional y de acercarse a la verdad, depurando para ello la historia de las noticias falsas y de las leyendas que aún contenía. Sin embargo, sólo las dos primeras corrientes pudieron romper definitivamente con el relato tradicional de la «pérdida y restauración de España», eliminando la visión providencialista, las leyendas de Rodrigo, la Cava y Julián del discurso histórico —ahora científico y positivo— y los milagros que habían acompañado el relato de la batalla de Covadonga, relegándolos al ámbito del folclore y de las tradiciones literarias. Todo ello no significa, empero, que la victoria de Pelayo se viese oscurecida, sino que, antes bien, fue exaltada como la gesta fundacional de la nación, al ser la primera batalla de la Edad Media en que los «españoles» —y no ya los «cristianos»— derrotaron a los enemigos extranjeros y al ser el acontecimiento que daba inicio, ahora sí, al proceso de reconquista de la patria. De esta suerte, cuando los acontecimientos del siglo VIII fueron reinterpretados en claves nacionalistas y positivistas no sólo no perdieron su función como pilares de la memoria histórica, sino que se mostraron, en principio, más eficaces en la construcción de una identidad nacional que satisficiera a todos los sectores del espectro político y social. Y digo sólo en principio porque, como se verá, a largo plazo liberales y conservadores encontrarían en la interpretación de la

³² MERRY y COLÓN, *op. cit.*

³³ FRANCISCO SIMONET, *Historia de los mozárabes de España*, Madrid, Viuda e Hijos de M. Tello, 1897.

³⁴ MARCELINO MENÉNDEZ y PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, 3 vols., Madrid, Librería Católica de San José, 1880-1881.

³⁵ GARCÍA CÁRCEL, *La construcción de las historias de España...*, *op. cit.*, p. 34.

³⁶ ÁLVAREZ JUNCO, *Máter dolorosa...*, *op. cit.*, pp. 405 y 407.

batalla de Covadonga un campo más para prolongar sus enfrentamientos políticos y su visión de la historia de España³⁷.

En función del nuevo marco histórico, cultural e historiográfico que se configuró a partir de la cuarta década del siglo XIX, encuentro cinco rasgos característicos y novedosos sobre la forma en la que se interpretaron los acontecimientos del siglo VIII, independientemente de la pertenencia de los autores a una u otra de las corrientes ideológicas.

En primer lugar, es posible constatar que en todas ellas se considera a Pelayo como un héroe lleno de patriotismo —se elimina del discurso historiográfico, que no del literario, el componente de santidad— y se exalta la batalla de Covadonga como la primera gesta de carácter nacional y, por lo tanto, como el hecho fundacional de la nación española.

En segundo término, se hace patente el hecho de que la identidad colectiva hispana ya no se construye en términos religiosos, sino políticos, de tal suerte que no se habla más de «cristianos», sino de «españoles». En este mismo sentido, la explicación de la caída del reino visigodo se asienta menos en una visión providencialista que resalta los pecados del pueblo godo y más en una visión política que subraya las divisiones internas y las luchas civiles entre la élite gobernante.

Un tercer punto consiste en que los musulmanes ya no son considerados únicamente como enemigos de la fe, sino, sobre todo, como invasores extranjeros que se apropiaron injustamente de unas tierras que no les pertenecían. De esta suerte, aunque algunos historiadores liberales se hagan eco de la corriente arabófila y quieran hacer de los andalusíes auténticos «españoles», los historiadores conservadores se empeñarían en mostrar que los musulmanes poco o nada aportaron a la civilización española y que nunca fueron ni se sintieron verdaderos «españoles»³⁸.

En cuarto término, es posible corroborar que, al convertirse la lucha contra los invasores musulmanes en una gesta de carácter nacional, parecen borrarse las diferencias y rencillas establecidas por los historiadores de las centurias precedentes en lo relativo al papel desempeñado por los reinos hispano-orientales, en especial por el Principado de Cataluña. En plena concordancia con la elaboración de un discurso histórico nacional y con la conformación del Estado-nación liberal, los historiadores —incluyendo a los catalanes— buscaron demostrar que los españoles de todos los reinos participaron por igual en esa gesta nacional. En este

³⁷ BOYD, «The second battle of Covadonga», *op. cit.*, pp. 37-65.

³⁸ Serafín FANJUL, *Al-Andalus contra España, la forja del mito*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2003, y Aurora RIVIÈRE, *Orientalismo y nacionalismo español...*, *op. cit.*, en especial el capítulo III.

sentido, las incursiones carolingias serían interpretadas como una colaboración extranjera en la empresa española de reconquista.

En quinto lugar, es posible constatar que el término *reconquista* se difundió a partir de la década de 1840, aunque de forma muy lenta, pues muchos autores continuaron utilizando el término *restauración*, ya que aún consideraban que lo más importante no era tanto recobrar el territorio como restaurar el reino visigodo y recuperar la libertad perdida. Sólo a partir de la segunda mitad de la centuria el término *reconquista* se difundiría con mayor rapidez, de tal suerte que, como veremos en el último capítulo, en la década de 1880 se incorporaría de forma definitiva en las historias de carácter «popular» y en los sermones.

Finalmente, es posible afirmar que durante la década de 1840 los escritores utilizaron, por lo general, términos como *ganar*, *recuperar* o *conquistar* para hacer referencia a las conquistas militares, aunque algunos autores como Alcalá Galiano o Romey hablen, excepcionalmente, de «reconquistar el suelo invadido». De esta suerte, durante los años cuarenta y cincuenta del siglo XIX, los términos *restauración* y *reconquista* se utilizaron alternativamente pero, a mi juicio, sin llegar a ser sinónimos, puesto que estaban dotados de significados distintos. La fusión de ambos significados en un único término como lo es el de *reconquista*, sólo se realizaría a partir de la década de 1880, momento en que se generalizó la utilización del vocablo, pero, sobre todo, momento de la consolidación del régimen de la Restauración, aspecto sobre el que volveremos más adelante para explicar cómo y por qué sucedió precisamente en estos años.

Los franceses: esos nuevos invasores

José Álvarez Junco ha analizado la forma en que la invasión napoleónica contribuyó a la forja de la conciencia de la identidad nacional española³⁹. No es pertinente estudiar en estas páginas la compleja interacción de sentimientos, identidades y herencias utilizadas para movilizar a la población en contra de los nuevos invasores y viejos enemigos. Pero no puede olvidarse el hecho de que la historiografía general, desde el siglo XVI hasta principios del siglo XIX, estuvo marcada por una xenofobia antifrancesa ni el hecho de que, al mismo tiempo, muchas de las reformas que los ilustrados pretendían introducir para la modernización de España encontraban en Francia sus modelos de inspiración. Por ello es

³⁹ ÁLVAREZ JUNCO, *Máter dolorosa...*, *op. cit.*, cap. III, «La Guerra de Independencia. Un prometedor comienzo», pp. 119-185.

sumamente revelador analizar la forma en que el repertorio de imágenes elaborado sobre la invasión musulmana y el inicio de la restauración fueron utilizadas en la guerra de la independencia como arma de propaganda contra los invasores napoleónicos.

Mi análisis se ha centrado en dos obras. La primera es el *Centinela contra franceses* de Antonio Capmany (1742-1813)⁴⁰. El texto, como es sabido, tenía como objetivo enardecer los corazones españoles contra los invasores franceses exaltando las virtudes nacionales, criticando la introducción de costumbres extranjeras que debilitaban el carácter español, reivindicando como nacionales los elementos culturales que las naciones extranjeras consideraban como particularismos hispanos y rasgos de pueblos incivilizados, y ridiculizando y caricaturizando las costumbres, tradiciones y caracteres galos. En este sentido, el discurso de Capmany se presentaba como una invitación a no abandonar las esencias hispanas, es decir, como una vuelta a los orígenes que permitiría a España recuperar la posición hegemónica de que había gozado siglo y medio antes y enfrentarse con éxito a los ejércitos napoleónicos. Esta vuelta se entendería, nada más y nada menos, que como una «reconquista»:

«Con esta guerra volveremos a ser españoles rancios a pesar de la insensata currutaquería, esto es, volveremos a ser valientes, formales y graves. Tendremos patria, la amaremos y la defenderemos, sin necesidad que nos proteja el Protector tirano de la esclava confederación del Rihn. Tendremos costumbres nuestras, aquellas que nos hicieron inconquistables a las armas y a la política extranjera [...] Con esta guerra reconquistaremos, no dominios ultramarinos que os acarrearían otras nuevas, sino lo que es más glorioso y precioso, nuestro nombre, aquel nombre tan respetado en otro tiempo de cultas y de bárbaras naciones»⁴¹.

En este proceso de exaltación de los espíritus, Capmany recurrió al esquema invasionista para demostrar el hecho de que los españoles habían derrotado una y otra vez a todos aquellos pueblos que habían inten-

⁴⁰ Antonio CAPMANY, *Centinela contra franceses*, edición de Françoise ETIENVRE, Londres, Tamesis Books Limited, 1988. La obra fue escrita y publicada entre agosto y octubre de 1808. Sobre Capmany, véase Javier Antón PELAYO, «La historiografía del siglo de los Ilums...», en BALCELLS (ed.), *op. cit.*, pp. 117-139, esp. pp. 132-134.

⁴¹ CAPMANY, *op. cit.*, pp. 89-90. Páginas más adelante diría Capmany: «En otro tiempo la religión hacía obrar prodigios; el apellido de ¡Santiago! convocaba y alentaba a los guerreros; el nombre de ¡Españoles! inflamaba porque envanecía; y el recuerdo de la Patria infundía deseos de salvarla al noble, al plebeyo, al clérigo y al fraile. Pero hoy [...] con la inundación de libros, estilos y modas francesas, se ha afeminado aquella severidad española, llevando por otra senda sus costumbres...», p. 116. Recuérdese que los autores del siglo XVI hablaban del afeminamiento y de la molicie que habían embargado a los visigodos antes de su caída.

tado sojuzgarlos, teniendo como joyas más preciadas la libertad y la patria misma⁴². Más interesante aún para nuestro estudio es que, de hecho, en esta recreación de imágenes, Capmany llegó a asimilar explícitamente a los franceses con los musulmanes, unos y otros invasores, pero con la diferencia de que mientras los primeros creían en Dios y entraron como conquistadores, los segundos eran unos descreídos, ateos y simuladores, pues habían entrado en España con engaños:

«Cuando desembarcaron los africanos en España, entraron como enemigos, como conquistadores, como propagadores del Alcorán; no nos engañaron con pretextos ni títulos de amistad y protección; no quebrantaron ningún pacto ni alianza, pues no lo había; no faltaron a su palabra, pues no la habían ofrecido. Nos cogieron desprevenidos, mas no engañados. Además, la invasión de los moros se ejecutó por mar, y una vez cortada la travesía por nuestras fuerzas navales, se les frustraron las esperanzas de los socorros del África; y aun así costó unos setecientos años el acabarlos de arrojar de nuestro suelo. Considérese ahora ¿cuándo llegaría a verse la España libre de estos descreídos conquistadores, francas sus comunicaciones con la matriz sobre un mismo continente?»⁴³.

En este juego de imágenes, el pasaje más revelador sería la comparación entre Mahoma y Napoleón, uno y otro pérfidos fundadores de sectas abominables y sangrientos tiranos:

«Tampoco quisiera traer otra vez a la memoria el retrato odioso de Napoleón. Este nombre me indigna y su figura me hace estremecer [...] No le traté de hereje ni de apóstata, porque nunca ha tenido religión que dejar ni que abrazar [...] Así se me representó como el fundador de una nueva secta, ya fuese política, ya religiosa. El mundo lo ha visto después con espanto [...] Meditabundo, serio, tétrico, de pocas palabras y de mucha intrepidez, desterradas de su rostro la risa y la afabilidad, ambicioso de mando y de gloria: hete ahí a Mahoma hecho y derecho, y para contemplar el paralelo, también tocado de epilepsia como el hijo de la Meca. Ambos vinieron al mundo para arruinar los fundamentos de la verdadera fe y del imperio de los reyes, y ambos han hecho correr ríos de sangre humana en las tres partes del mundo»⁴⁴.

El segundo texto es el opúsculo que Juan Bautista Arizpe publicó en 1810 en la ciudad de México bajo el título *Patriotismo y gloriosas*

⁴² *Ibid.*, p. 94.

⁴³ *Ibid.*, p. 95.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 143-144.

*empresas del Excelentísimo Marqués de la Romana en la reconquista del Reino de Galicia*⁴⁵. El texto recoge las notas publicadas un verano antes, el 9 de agosto de 1809, en un periódico gallego llamado *El patriota compostelano* y dos suplementos —de los días 7 y 9 de agosto de 1809 respectivamente— sobre las acciones de Pedro Caro y Sureda (1761-1811), marqués de la Romana, durante la invasión napoleónica en Galicia.

La intención del editor era dar a conocer las acciones del valeroso general y la forma en que el marqués puso de manifiesto el amor de los españoles por «la libertad española». El texto en cuestión recorre las hazañas del marqués desde el momento en que estando en Dinamarca recibió la noticia de que los franceses habían entrado en España hasta que desembarcó al frente de sus tropas en la costa gallega y liberó Santiago de Compostela del ejército invasor.

A lo largo de las doce páginas que conforman la obra no se emplea la palabra *reconquista*, pero su utilización en el título es un buen indicio para ponderar su incipiente difusión al iniciar el siglo XIX y el sentido que se le asignó: los franceses habían conquistado un territorio que no les pertenecía y los españoles lo habían recuperado, es decir, lo habían reconquistado.

Me parece oportuno señalar, también, la nítida diferencia que se establece en la utilización de dos conceptos relacionados pero distintos como son el de *restauración* y el de *reconquista*. El primero, en este caso concreto, hacía referencia a la restauración de la libertad, mientras que el segundo estaba en relación con la apropiación militar de un territorio que estuvo en manos del invasor; por lo tanto y prolongando la reflexión, la Reconquista debía entenderse como una liberación de España. Así lo deja ver el final del primero de los textos, donde se explicita la asociación entre los franceses y los árabes: «Gloria pues al Marqués de la Romana; gloria a sus valerosos generales; su nombre sea grato y eterno en Galicia, en España, en toda la Europa, mientras dure la memoria de la irrupción de los vándalos y árabes de la Galicia»⁴⁶.

No sorprende el hecho de que tanto Capmany como el redactor de los artículos sobre el marqués de la Romana identifiquen a los franceses con los árabes, pues unos y otros habían invadido la patria intentando sojuzgar al pueblo español. Pero ello no significa que no sea un momento relevante en el proceso de construcción del concepto de *reconquista*, pues las imágenes elaboradas en el siglo XVI se reactualizaron y se cargaron de significados patrióticos, ya que no se trataba de infieles que sometían

⁴⁵ Juan Bautista DE ARIZPE, *Patriotismo y gloriosas empresas del Excelentísimo Marqués de la Romana en la reconquista del Reino de Galicia*, reimpreso en México, Casa de Arizpe, 1810.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 4.

al pueblo cristiano, sino de extranjeros que sojuzgaban a la patria y a los españoles. La invasión napoleónica, pues, dio un impulso decisivo a la noción de *reconquista*⁴⁷.

Una década en búsqueda de respuestas: 1840-1850

Tras la guerra de la independencia, la reinstauración del absolutismo y la censura impuesta a la imprenta impidieron una producción historiográfica significativa⁴⁸. La implantación de la monarquía parlamentaria a partir de la década de 1840 se tradujo en una cierta estabilidad de las estructuras políticas —que no de los gobiernos— y sociales —consolidación de las clases medias y la alta burguesía— con respecto a las dos décadas anteriores. Tal «estabilidad» —representada por el largo reinado de Isabel II (1843-1868)— permitió que la élite económica y política pudiese aprovechar sus ratos de ocio en leer y escribir historia.

Tres eran los objetivos principales que perseguían los escritores de aquella época: primero, encontrar explicación a las conmociones sociales y políticas que habían agitado a la sociedad española a lo largo de los tres decenios anteriores; segundo, hallar las bases históricas sobre las cuales sustentar un nuevo proyecto de nación acorde a las exigencias de la época que se vivía; tercero, contribuir a la formación de una identidad colectiva sustentada por unas sólidas raíces históricas, proceso en el que los acontecimientos del siglo VIII fueron reinterpretados a la luz de las nuevas concepciones políticas y de los nuevos marcos teóricos y filosóficos. En este sentido, debe tomarse en cuenta la influencia que pudieron ejercer en algunos historiadores las ideas de Herder con respecto al «genio» o «espíritu del pueblo». Éste es un dato que no debe dejar de tenerse en cuenta, pues resulta evidente que los autores que se analizarán buscaron en la resistencia de Pelayo los elementos que se tenían como constitutivos de la esencia hispana: valor, religiosidad, lealtad a la patria, espíritu de resistencia, etc.

El siglo VIII visto desde fuera

Un rasgo característico de este período consistió en que la historia de España fue escrita no sólo por españoles, sino también por extranjeros que querían encontrar en la historia una explicación a lo que conside-

⁴⁷ Cfr. T. DESWARTE, *op. cit.*, p. 5.

⁴⁸ GARCÍA CÁRCEL, *La construcción de las historias de España...*, *op. cit.*, p. 30.

raban como una singularidad del pueblo hispano: su pasión y su ardor, los cuales resultaron armas tan efectivas como la propaganda clerical en la guerra contra Francia. De esta suerte, bien por legítima curiosidad, bien llevados por un espíritu inquieto ávido de exotismo, diversos historiadores, en particular franceses, se acercaron a la historia de España para buscar las notas constitutivas de la originalidad del pueblo español con respecto al resto de naciones europeas⁴⁹. De esta suerte, los propios prejuicios con los que se acercaron los historiadores extranjeros al devenir peninsular, así como lo erróneo de sus conclusiones y apreciaciones, acabarían convirtiéndose en una motivación más para que los eruditos españoles, tocados de nuevo en lo más hondo de su orgullo, se dieran a la tarea de escribir la historia de España que demandaban los nuevos tiempos. He tenido ocasión de revisar cinco obras publicadas en esta década: la primera de ellas se debió a la pluma del historiador inglés Samuel Astley Dunham. Las cuatro restantes fueron escritas por los historiadores franceses Louis Romey, Amèdec Paquis, Víctor Du-Hamel y Eugène Saint-Hilaire⁵⁰.

Samuel Astley Dunham (?-1858)

Samuel Dunham publicó en 1832 una *Historia de España y Portugal* que quería ser el «primer intento» realizado en su lengua por «componer una historia general de España y Portugal»⁵¹. Pretendiendo evitar la con-

⁴⁹ Amedec Paquis lo diría con estas palabras: «L'Espagne est un pays qui offre à la curiosité l'intérêt le plus vif et le plus varié, à la science politique les leçons les plus nombreuses et les plus frappantes, aux hommes d'état du siècle les sujets de méditations de l'ordre le plus élevé: par son présent, par l'avenir qui se prépare pour elle, l'Espagne appelle vivement l'attention. Nul pays n'a subi plus de vicissitudes, n'a vu plus de catastrophes, n'a été plus des souvent dans la possessions des peuples étrangers [...] Et cependant, malgré tous ces bouleversements, toutes ces invasions successives, au milieu de ce mélange de tant de peuples divers, l'Espagne a conservé son caractère qui lui est propre, une physionomie originale. D'où vient cette singulière destinée? Quelle est la cause de cette foule de contrastes qu'elle nous présente? [...] Ces questions, comment les résoudre? Par une connaissance approfondie de l'histoire d'Espagne». Amèdec PAQUIS, *Histoire d'Espagne et du Portugal depuis les temps les plus réales jusqu'au nos jours: d'après Archbach, Lambert, Romey*, 2 vols., París, Imprimerie de Bethome et Plan, 1844, vol. I, pp. V-VI.

⁵⁰ Sobre los historiadores extranjeros y su influencia en la historiografía hispana, véase MORENO ALONSO, *Historiografía romántica...*, *op. cit.*, pp. 318 y ss.; CIRUJANO, ELORRIAGA y PÉREZ *op. cit.*, pp. 77-82, y Jean-René AYMES y Mariano ESTEBAN DE VEGA (coords.), *Francia en España, España en Francia. La historia en la relación cultural hispano-francesa (siglos XIX-XX)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003.

⁵¹ Samuel Astley DUNHAM, *The story of Spain and Portugal*, 5 vols., Philadelphia, 1832. He trabajado con la edición hecha en Nueva York, Harper and BrotHeers, 1844, vol. I, p. 5. El texto fue traducido por Antonio ALCALÁ GALIANO, *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de Edad de la reina doña Isabel II, redactada*

fusión generada por el afán de mezclar las historias de todos los reinos en una sola, Dunham prefirió dividir su estudio en dos partes y dedicar primero su atención a la historia de la dominación musulmana y, posteriormente, a los reinos hispano-cristianos, sin por ello dejar de subrayar las relaciones que existieron entre ambas entidades⁵².

Por lo que respecta a los sucesos del siglo VIII, Dunham se muestra crítico con la versión tradicional de la pérdida de España. Así, sostiene que las historias del rey Rodrigo debían ser rechazadas por la crítica histórica por no estar fundadas en fuentes antiguas y que lo más probable era que hubiera existido una guerra civil entre las élites visigodas que fue aprovechada por las tropas del califa para apoderarse de las ricas provincias de España⁵³.

La primera mitad del volumen segundo está dedicada a la dominación musulmana, desde la conquista de la Península a la caída del Reino de Granada, en tanto que la segunda está dedicada a los orígenes de los reinos hispano-cristianos. En esta ocasión, Dunham presenta en escena al rey Teodomiro, quien habría firmado unos pactos con los musulmanes. Sin embargo, muchos cristianos, descontentos con la gestión de Teodomiro, celosos de su «independencia» y temerosos de los excesos de los invasores, prefirieron recogerse en las montañas de Asturias, donde había brillado siempre el «fuego sagrado de la libertad». Este guiño a la versión tradicional se acrecienta cuando el autor sostiene que las reliquias de la catedral de Toledo fueron trasladadas cuidadosamente a las montañas de Asturias, donde no sólo había clérigos, sino también descendientes de sangre de los godos, quienes habían determinado «luchar por su montañoso hogar» y eligieron como líder a Pelayo, hijo del duque Favila y descendiente de Chindasvinto⁵⁴.

La batalla de Covadonga, cuyo triunfo correspondió a la «pequeña pero valiente banda de Pelayo»⁵⁵, fue trascendental para el naciente reino pues, según Dunham, fue la «primera de una sucesión de triunfos» que finalizaría con la «expulsión final de los invasores de la península»⁵⁶. Tras comentar que después de la victoria comenzó un proceso de fundación de

y anotada con arreglo a la que escribié en inglés el Dr. Dunham, con una reseña de los historiadores españoles de más nota por don Juan Donoso Cortés y un Discurso sobre la historia de Nuestra Nación por don Francisco Martínez de la Rosa, 5 vols., Madrid, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, 1844-1846. Alcalá no dudó en hacer sus propias anotaciones y refutar algunas de las apreciaciones del autor inglés.

⁵² *Ibid.*, vol. I, p. 6.

⁵³ DUNHAM, *op. cit.*, vol. I, pp. 144-145.

⁵⁴ *Ibid.*, vol. II, pp. 128-129.

⁵⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 130.

⁵⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 131.

pueblos, Dunham presenta una apología de Pelayo que prefiero no glosar para mostrar la forma en la que, inclusive dentro de la historiografía extranjera, Pelayo era ascendido a los altares de la patria, aunque recurriendo, en el fondo, a los mismos tópicos que utilizaba la historiografía española:

«This hero is entitled to the grateful reverence of posterity. His patriotism, his valor, his religious fervor, must have been unrivalled, or he would scarcely have ventured, with a more handful of men, to stem the torrent of Mohammed invasion. Above all, he appears to great advantage when contrasted with Theodomir, who, however amiable in private life, and even courageous in the battle field, cannot escape our censure for tamely submitting to the hateful and despicable yoke of the arabs»⁵⁷.

A pesar de su intención inicial, lo cierto es que las páginas dedicadas a los reinos orientales son menos numerosas que aquellas dedicadas a Asturias y Castilla. Ello se debía en buena medida a las pocas informaciones existentes sobre aquellos territorios, de tal suerte que, sobre Navarra, Dunham nos dice que el primer rey fue García —contemporáneo de Pelayo—, quien fue elegido por los nativos a raíz de su valor y patriotismo y por la necesidad de elegir «a ruler who should lead them against the abhorred strangers»; gracias a su valor, García «recovered a considerable territory from the Arabs»⁵⁸. Por lo que toca a Cataluña, Dunham sostenía que las leyendas sobre Otger Cataló eran «evidently fabulous»⁵⁹ y prefería relatar en pocas líneas las incursiones francas hasta llegar a la época de Wifredo el Velloso: «It is certain that Wifredo the Warlike antirely cleared Catalonia of the infidels, and that from his time province began to show little respect for the feudal rights claimed by the French kings»⁶⁰.

Debería terminar aquí mi comentario sobre la obra de Dunham si no fuera por la aparición del término *reconquista* en la traducción hecha por Antonio Alcalá Galiano. Al hablar de las prerrogativas que se arrogaron los nobles al consolidarse el sistema feudal, Alcalá Galiano escribe lo siguiente:

«Como desde la fundación de la monarquía asturiana, la religión y juntamente el patriotismo mandaban que se fuese reconquistando la tierra de España de los mahometanos, y como las virtudes guerreras

⁵⁷ *Ibid.*, vol. II, p. 131.

⁵⁸ *Ibid.*, vol. III, p. 18.

⁵⁹ *Ibid.*, vol. III, p. 60.

⁶⁰ *Ibid.*, vol. III, p. 69.

eran por consiguiente las tenidas en mayor o única estima, fue creciendo por días el poder de los nobles principales o, dicho de otro modo, de los grandes guerreros a quienes seguían en el campo de batalla el crecido número de secuaces armados»⁶¹.

El sentido de la versión original es a todas luces el mismo, pero no así las palabras utilizadas. He aquí la versión inglesa:

«As, from the foundation of the Asturian state, both religion and patriotism enjoined the recovery of the country from the Mohammedans, and as the warlike virtues were, in consequence, the most in repute, the power of the nobles, in other words, of the great warriors who brought thier armed retainers to the field, daily increased»⁶².

El *Diccionario Collins* traduce el término *recover* como *recobrar* o *recuperar*, en tanto que la palabra *recovery* es asimilada con las palabras *recobro* o *recuperación*. Por lo tanto, me parece significativo que Alcalá Galiano, al hacer su traducción, opte por escribir «reconquistando la tierra de España» y no escriba «la recuperación del país», traducción que estaría más apegada a la versión original. Tal elección no puede ser gratuita y creo que puede considerarse como un reflejo de la forma en que la idea de reconquista del territorio —incentivada por las nuevas concepciones políticas— ganó fuerza paulatinamente frente a aquella interpretación que privilegiaba la restauración política y religiosa de la monarquía visigoda. Además, la forma en que Alcalá redactó el párrafo muestra que en aquella década del siglo XIX se hacía necesario especificar a qué se refería un autor cuando hablaba de *reconquista*. Así, podemos constatar que a partir de la década de 1840 el término *reconquista* comenzó a ser utilizado con mayor frecuencia por los historiadores españoles⁶³.

Louis Romey (1804-1876)

Animado por la publicación de la obra de Thierry, Louis Romey tomó bajo sus hombros la tarea de escribir la primera historia de España, contribuyendo así al nacimiento del hispanismo francés contemporáneo⁶⁴. Romey opinaba en su prólogo que España aún no contaba con una

⁶¹ ALCALÁ GALIANO, *op. cit.*, vol. III, p. 174.

⁶² DUNHAM, *op. cit.*, vol. IV, p. 90.

⁶³ Ignoro en qué momento la lengua inglesa incorporó a su acervo el término *Reconquest*. Ésta será una línea de investigación a desarrollar en trabajos futuros.

⁶⁴ LOUIS ROMÉY, *Histoire d'Espagne depuis les premiers temps jusqu'à nos jours*, 9 vols., París, 1839-1850. Sobre Romey, véase Mariano ESTEBAN DE VEGA, «La Historia

historia verdaderamente nacional y que, aunque podría citarse la de Mariana, ésta era un claro reflejo de la credulidad del autor⁶⁵. Sin embargo, Romey confiaba en que el tiempo en que España pudiera dotarse de una historia estaba cerca y que pronto retomaría no sólo su alto rango intelectual, sino también su posición preeminente entre las naciones europeas y su papel de intermediario entre África y Europa⁶⁶. Era debido a estas buenas perspectivas, así como a la cantidad de intereses que Francia tenía en España⁶⁷ y una serie de vínculos personales, por las que el historiador decidía afrontar la tarea de contar la historia española en función de los nuevos criterios historiográficos.

A propósito de los acontecimientos del siglo VIII, Romey desecha también las leyendas de don Rodrigo y la Cava, y retoma la vieja idea de que los asturianos y los godos eran dos pueblos que acabarían fusionándose en su refugio de las montañas, ahí donde «nació la nacionalidad española»⁶⁸. En este sentido, el planteamiento es sumamente interesante, puesto que la nueva nación sería, precisamente, resultado de la fusión de ambos pueblos, quienes lucharían a lo largo de ocho siglos por expulsar a los musulmanes⁶⁹.

Es en los párrafos posteriores a la batalla de Covadonga donde encuentro el término *reconquista* y, hasta donde puedo afirmar, es la primera vez que tal vocablo aparece en un texto historiográfico francés. De esta suerte, Romey asegura que Asturias se convirtió en el primer dominio de «l'indépendance espagnole», y que a él se allegaron todos los que, celosos de su independencia, buscaban reconquistar el suelo invadido:

*de España de Romey y su recepción en la historiografía española», en AYMES y ESTEBAN DE VEGA (eds.), op. cit., pp. 93-126. Sobre los inicios del hispanismo francés Antonio NIÑO RODRÍGUEZ, *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España de 1875 a 1931*, Madrid, CSIC, 1988, esp. pp. 11-24.*

⁶⁵ ROMEY, *op. cit.*, vol. I, p. I.

⁶⁶ *Ibid.*, pp. III-IV.

⁶⁷ «Cette nation, qui nous touche de si près, et à la quelle tant d'intérêts français se trouvent liés, est une des moins connues peut-être de notre Occident, malgré tout le besoin que nous avons de la connaître: l'intérêt qu'elle inspire, l'attention qu'elle mérite, s'éteignent et se fatiguent faute d'aliments». *Ibid.*, vol I, p. IV.

⁶⁸ «C'est là que la nationalité espagnole a pris naissance; c'est du milieu de ces âpres montagnes que sont sortis les fondateurs de ce qu'on a depuis nommé la monarchie des Espagnes et des Indes». *Ibid.*, vol. III, p. 153.

⁶⁹ «A quelques journées de Cordoue s'est formé ainsi le noyau de la future nation qui luttera huit siècles pour enlever l'Espagne aux Musulmans. Goths et Espagnols se sont unis, mêlés dans l'adversité; toutes les barrières sont enfin tombées entre eux; et des débris de la civilisation gothique romaine, des débris indigènes et des Wisigoths que la fraternité du malheur a désormais étroitement confondus, est né ce faible mas généreux essai de recomposition nationale. Ce n'es pas un léger honneur à Pélage d'avoir attaché son nom à cet essai», *Ibid.*, vol. III, p. 166.

«Au-delà des Ports de cette partie des monts cantabres, tous les hommes qu'ils rencontraient parlaient latin, et ne rendaient de culte qu'à Jésus-Christ. Ils trouvaient aussi un climat plus âpre, des villages plutôt formés de cabanes que des maisons. Ils menaient la vie dur des montagnards auxquels ils étaient venus se mêler; mais ils étaient libres comme eux, et nourrissaient l'espoir de reconquérir bientôt tout ou partie du sol envahi»⁷⁰.

Romey concluiría su relación afirmando que la paz obtenida por Pelayo serviría para acrecentar el reino y asegurar el nido del cual surgiría «la nation future»⁷¹. Nuestro historiador terminaba su relato con las conquistas de Alfonso I. En estos párrafos no volvió a utilizar el término *reconquista*, sino que, antes bien, empleó el término *restauration* para hacer referencia a la reorganización eclesiástica y los verbos *conquérir* y *prendre* para hacer referencia a la conquista militar⁷².

Amèdec Paquis (?-?)

Amadeo Paquis se hizo también eco de la necesidad de reescribir la historia de España en función de los nuevos criterios historiográficos de la primera mitad del siglo XIX. A ello le movía, como a Romey, el hecho de que ninguna de las historias españolas tenía los criterios de veracidad que se exigían, por lo que consideraba que la redacción de una historia nacional de España era de una «utilidad incontestable»⁷³. El hecho mismo de que la obra hubiera sido publicada en un gran formato reforzaba la idea del autor sobre la utilidad de las historias nacionales.

Paquis pasó dos años confrontando fuentes, manuscritos e historias modernas —Mariana, Ferreras, Masdeu—, pero no logró salirse de los cánones establecidos por los escritores españoles y a lo más que llegó fue a rechazar las ideas de Mariana y a sumarse a la línea crítica inaugurada por Mondéjar. Sin embargo, nuestro autor incorporó plenamente a

⁷⁰ *Ibid.*, vol. III, pp. 160-161. Gracias a las investigaciones realizadas con posterioridad a la elaboración del presente trabajo en el marco del proyecto de investigación «Miradas francesas sobre la historia medieval de la península ibérica», estoy en posición de corregir el dato y afirmar que el primer texto francés en el que encuentro el verbo *reconquérir* es en la obra de Georges DEPPING, *Histoire générale d'Espagne, depuis les temps les plus reculés jusqu'au règne des rois maures*, 2 vols., París, Chez Théodore Dabo, 1814: «Alfonse, voyant que les arabes étaient enveloppes dans les guerres intestines et étrangères, jugea que detail le temps favorable pour reconquérir sur eux quelques parties de l'Espagne», vol. I, p. 342. Me ha sido imposible localizar la primera edición (1811) y verificar si se usa en ella el mismo término.

⁷¹ *Ibid.*, vol. III, p. 162.

⁷² *Ibid.*, vol. III, pp. 174-175.

⁷³ PAQUIS, *op. cit.*, vol. I, p. VI.

su discurso las nociones de patria y nación, entendiendo la lucha de los españoles contra los musulmanes como una lucha por la libertad y la religión con el fin de romper el yugo del invasor extranjero. Es por ello que el historiador francés no utilizó en su discurso el término *reconquista*.

Siguiendo la línea crítica arriba anunciada, Paquis consideraba las historias de Rodrigo y la Cava, así como los episodios relativos al castillo encantado de Toledo, como algo propio de las historias maravillosas de la Corte del rey Arturo, por lo que se inclina a interpretar las luchas entre Rodrigo y Julián como una lucha política causada por el primero, puesto que, según las fuentes árabes, no era goda ni tampoco el legítimo sucesor del reino, sino que había desplazado del trono a los hijos de Witiza⁷⁴. En este mismo sentido, Paquis explicaba la traición de Julián a «su patria» argumentando que, al no reconocer la soberanía de Rodrigo, comenzó tratos con Oppas, Eba y Sisebuto y los musulmanes para recuperar el trono.

Al tratar el alzamiento de Pelayo, Paquis, que se mostraba tan duro con Mariana, asegura que, después de la derrota de Guadalete, el futuro monarca «no desesperó de la suerte de la patria» y se refugió en las Asturias con algunos compañeros. Acto seguido, el escritor francés relata los asuntos de la hermana de Pelayo con Munuza para concluir con la batalla de Covadonga y los milagros que en ella se sucedieron. Como era de esperar, el reinado de Pelayo —«el primero de los Godos por nacimiento»— fue exaltado por los logros que en él hubieron, particularmente el cultivo de las tierras y el «restablecimiento de las casas de Dios»⁷⁵. Paquis concluiría los pasajes sobre Pelayo afirmando que, aunque las historias árabes ponían en duda su existencia, lo importante era que «... le nom de Pelage fut de bonne heure révééré par ses compatriotes, comme celui de l'héroïque fondateur du royaume des Asturies; ses successeurs immédiats sont fiers de le reconnaître pour leur aïeul»⁷⁶. El relato continuaría con las campañas de Alfonso I, páginas en las que empleó los verbos *prendre* y *conquérir* para referirse a las acciones militares y *retablir* o *batir* para hablar de la edificación de iglesias y monasterios⁷⁷.

Víctor Du-Hamel (1810-1870)

La historia que escribió Víctor Du-Hamel tenía como objetivo «trazar la historia constitucional de la monarquía española, liberando la verdad de

⁷⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 136.

⁷⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 299.

⁷⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 300.

⁷⁷ *Ibid.*, vol. I, pp. 300-301.

los velos que el espíritu de parcialidad, en las diferentes épocas, ha librado sobre ella»⁷⁸. Sin embargo y a pesar del espíritu crítico y liberal que el título parece anunciar, lo cierto es que el autor suscribió la versión más tradicional sobre los acontecimientos del siglo VIII, de tal suerte que la invasión musulmana se explicaba por la venganza del conde Julián, afrentado por la violación de su hija⁷⁹. Por otra parte, Du-Hamel apunta que fue el rapto de la hermana de Pelayo el pretexto que buscaban los cristianos refugiados en el norte para alzar la cruz de Cristo y que, una vez alcanzada la victoria sobre los musulmanes, Pelayo fue coronado como rey⁸⁰. Para finalizar, sostenía que el ejemplo de Pelayo inspiró a los señores de los reinos orientales, quienes acabarían rebelándose contra los musulmanes⁸¹. Du-Hamel tampoco utilizaría el término *reconquista* en los pasajes destinados a narrar las conquistas de Alfonso I ni en los capítulos sucesivos.

Eugène Saint-Hilaire (1805-1889)

Eugène Saint-Hilaire ofrece una interpretación un tanto original en la percepción de la lucha contra el islam pues, según él, gracias a esta guerra, los españoles forjaron su verdadero carácter y consiguieron las libertades de las que gozaban. Como lógica consecuencia, ni la invasión musulmana ni el alzamiento de Pelayo podían explicarse con base en las fábulas reproducidas por Mariana sino, antes bien, por factores de estricto orden político y, sobre todo en el segundo caso, por esa fuerza imparable que era el patriotismo. Aunque no existen novedades informativas, merece la pena detenerse en este texto para analizar la forma en

⁷⁸ Víctor DU-HAMEL, *Histoire constitutionnelle de la monarchie espagnole depuis l'invasion des hommes du nord jusqu'au la mort de Ferdinand VII*, 2 vols., París, 1845, vol. I, p. 9. El texto conoció una temprana traducción castellana: *Historia constitucional de la monarquía española. Desde las invasiones de los bárbaros hasta la muerte de Fernando VII (411-1833)*, traducida, anotada y adicionada hasta la mayoría de la reina doña Isabel II por d. Baltasar Anduaga y Espinosa, 2 vols., Madrid, 1848.

⁷⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 14. Baltasar Anduaga señalaba en una nota la falsedad de tales pasajes y opinaba que el motivo más probable de la invasión sarracena era que los hijos de Witiza habían acudido a aquéllos para que los ayudasen a recuperar «el trono de su padre». Nota 1 del T., p. 19 de la edición castellana.

⁸⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 16. El traductor diría en sus comentarios que Muza no se enamoró de la hermana de Pelayo, sino de Egilona, la viuda de Rodrigo. «Pelayo —agrega el traductor— indignado de esta afrenta que recaía sobre su propia sangre [...], concibió la idea de libertar al país de su ominoso yugo: reunido con muy pocos amigos y escasos secuaces, enarboló el sagrado pendón de la independencia, y se atrevió a luchar frente a frente con el colosal poder de la media luna, que donde quiera humilló. [...] Los amores del caudillo árabe con su hermana no dejan de ser una de tantas fábulas a que el P. Mariana daba tan fácil acogida en su relación...», nota 1, pp. 21-22 de la edición castellana.

⁸¹ *Ibid.*, vol. I, p. 19.

que el autor formuló una identificación entre la guerra contra el islam y el carácter español resultante de la misma.

Saint-Hilaire comenzaba su introducción afirmando que la «verdadera unidad de España» consistía en haber luchado los distintos reinos hispánicos durante ocho siglos contra un enemigo común con una «perseverancia indomable»; además, agregaba que tal nacionalidad se veía reforzada por unos fuertes sentimientos religiosos, los cuales otorgaban al pueblo español una cohesión sin igual:

«Vouloir tous la même chose, et la vouloir pendant huit siècles, avec cette indomtable persévérance qui caractérise la race ibérique, telle est la véritable unité d’Espagne. Ajoutez à ce lien commun d’une nationalité scellée par la guerre, une même langue, une même religion; le courage, qui est, avec la ténacité, la plus vieille vertu des Espagnols; la foi en Dieu, la méfiance des hommes, propes aux peuples qui ont beaucoup souffert, et la patience, humble héritage que les générations se transmettent en attendant des jours meilleurs...»⁸².

Más adelante, tras hablar del clima y de su influencia sobre los habitantes, así como de la geografía —cuya fragmentación confirió a España una unidad «ficticia e incompleta»—⁸³, Saint-Hilaire vuelve sobre el espíritu de resistencia español para constatar su permanencia a lo largo de los siglos, a pesar de todas las invasiones sufridas: «l’Espagne c’est le génie de la résistance. Toujours conquis et toujours protestant contre la conquête, jamais peuple n’a plus constamment repoussé l’étranger et chose étrange, il n’est pas au monde un peuple dont le caractère national se soit aussi obstinément conservé à travers les siècles»⁸⁴. Saint-Hilaire terminaba su prólogo declarando que «suelement, avec la lutte contre la conquête arabe, commence à vrai dire l’histoire d’Espagne; mais cette histoire, pendant deux siècles, n’est que celle de la Castille»⁸⁵ y justificaba este protagonismo castellano asegurando que Aragón se volcó sobre los Pirineos y que Cataluña se dedicó al comercio.

Al hablar del final de la monarquía visigoda, Saint-Hilaire señala que la única certeza en medio de todas las dudas era que «Roderic s’empara du trône des Goths par une conspiration» y que a partir de ese momento comenzaron las pugnas internas entre la nobleza, pues, no sintiéndose suficientemente fuertes para combatir al usurpador, los descontentos lla-

⁸² Eugène SAINT-HILAIRE, *Histoire d’Espagne depuis les premiers temps historiques jusqu’au la mort de Ferdinand VII*, 12 vols., París, 1845-1873, vol. I, pp. I-II.

⁸³ *Ibid.*, p. IV.

⁸⁴ *Ibid.*, p. VIII.

⁸⁵ *Ibid.*, p. IX.

maron en su ayuda a los árabes, impacientes por conquistar la Península, territorio que, a su vez, les serviría como base de operaciones para conquistar el resto del continente. Por lo tanto, Saint-Hilaire concluía que la llamada de los musulmanes podía explicarse por la «ambición desenfrenada» de los nobles godos y por su falta de patriotismo, y, por lo tanto, no era necesario recurrir a la «fabulosa» historia de la Cava⁸⁶.

A pesar de estos defectos políticos, Saint-Hilaire reconocía que los españoles supieron mantener ante todo su amor a la independencia, de suerte que aunque el reino de los godos se hubiese perdido en la batalla de Guadalete, una nueva nación surgiría en Asturias:

«... lorsque nous verrons poindre dans les Asturies une monarchie et un peuple nouveaux, il ne sera plus questions des Goths, mais de la monarchie et du peuple espagnols; il n'y aura plus, pour les soldats de Pelayo, qu'une foi, qu'un nom, qu'un idiome, qu'un même amour de l'indépendance qu'un même haine à l'étranger. Tel sera jusqu'à la fin du quinzième siècle le seul lien commun entre ces cinq ou six royaumes qui naîtront des débris de l'empire gothique, pour tendre, pendant huit siècles, vers cette unité qu'ils ne son pas même bien sûrs d'avoir trouvée aujourd'hui»⁸⁷.

A propósito de los orígenes de la restauración y tras calificar a los asturianos de «pueblo bravo e independiente como los Vascos, pero más español que ellos»⁸⁸, nuestro historiador se recrea en las incertidumbres sobre la identidad de Pelayo, así como en lo que pudo haber hecho tras la derrota en Guadalete. Y como, según el autor, «la religion, dont en Espagne, pendant huit siècles, la cause fut celle de l'indépendance et de la nationalité du pays, ne pouvait manquer de consacrer une aussi sainte entreprise», Saint-Hilaire narra el traslado de las reliquias hecho por Pelayo y explica su significado político: «De ce moment, aux yeux des pieuses populations des Satures, Dieu fut avec lui. L'oscur chef de partisans vit grossir sa petite troupe, et le guerrillero errant et fugitif grandit jusqu'aux proportions d'un roi»⁸⁹.

Tras denominar al alzamiento de Pelayo como la «Iliade asturienne»⁹⁰, nuestro historiador, tan crítico con la leyenda de la Cava, no dudó en reproducir la leyenda de los amores de Ormesinda con Munuza y en recrear la batalla de Covadonga, a la que consideraba como el verdadero acontecimiento fundacional de la nación española:

⁸⁶ *Ibid.*, vol. I, pp. 377-378.

⁸⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 388.

⁸⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 155.

⁸⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 158.

⁹⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 160.

«C'est là, sur cet étroit théâtre, que la race gothique, alliée à la race ibérienne, qui s'étaiot conservée pure de tout mélange dans ces vallons écartés, devait se retremper dans une lutte continuelle. C'est la qu'elle devait combattre pour la vie d'abord, puis bientôt pour quelque chose de plus noble que la vie: pour les franchises nationales, l'unique solde qu'elle reçû alors de ses rois. Les libertés espagnoles ne sont pas, comme dans le reste de l'Europe, un fruit de la guerre civile, arraché à une royauté ou à une noblesse jalouses: les libertés espagnols sont filles de la guerre, il est vrai, mais de la guerre contre l'étranger. Le gloire de Pelayo, c'est d'avoir le premier indiqué un centre à ces efforts isolés: c'est d'avoir emporté avec lui au fond de la caverne de Covadonga quelque chose de plus précieux que la couronne des rois goths, de plus sainte que l'arche de Tolède, c'est-à-dire la tradition et le germe de l'unité espagnole»⁹¹.

El análisis realizado sobre las obras de los historiadores extranjeros aquí consignadas permite extraer cuatro conclusiones puntuales. La primera consiste en que, a pesar de su voluntad científica y renovadora, los autores tuvieron que utilizar las mismas fuentes que el resto de sus colegas españoles y ello les llevó a recrear en términos generales el esquema invasionista construido en el siglo XVI.

Sin embargo, y ésta es la segunda conclusión, todos, con excepción de Du-Hamel, interpretaron el fin del reino visigodo y el inicio de la resistencia en términos políticos, por lo que las acciones de Rodrigo se entienden no tanto como una traición, sino como una acción desafortunada dentro de una guerra civil. En este mismo sentido, Pelayo encarna las aspiraciones de libertad de sus compatriotas, guiándolos hacia una victoria memorable. Es cierto, esta interpretación es a todas luces más plausible en términos científicos, pero no era novedosa, sino que simplemente era la consecuencia lógica de practicar una lectura positiva de las fuentes, cosa que ya habían hecho otros autores españoles antes que ellos.

Por lo tanto, tercera conclusión, la aportación de los autores extranjeros no consiste tanto en realizar una nueva lectura como en contribuir a la consolidación de una interpretación política de la historia de la nación española, situando la historia de España a la altura de la historia que se escribía en Francia. El que sus prejuicios interfirieran en sus apreciaciones sobre las realidades históricas y «el carácter español» no debe entenderse como un defecto, sino, antes bien, como un elemento exógeno que de una forma u otra ayudó a reforzar la propia conciencia identitaria hispana: los españoles, desde la época de Pelayo, habían demostrado su determinación de morir defendiendo su patria y su independencia frente a cualquier pretensión de dominio extranjero. En este sentido, es muy revelador que

⁹¹ *Ibid.*, vol. II, p. 168.

discursos como el de Saint-Hilaire posean tal carga patriótica, al punto de comparar la lucha española contra los musulmanes con la *Iliada*, una y otra epopeyas dignas de rememoración. La última conclusión es que en esta década el término reconquista aún no era algo común entre los historiadores franceses, pues sólo fue usado por Louis Romey⁹².

El siglo VIII visto desde dentro

Heridos en lo más profundo de su orgullo por las alusiones de los autores extranjeros —franceses para colmo—, los intelectuales españoles no tardaron en dar respuesta —historiográfica y visceral— a semejantes cargos. Cuatro son las obras de esta década que he revisado, dos de ellas escritas por Eugenio Tapia y otras dos producto de la pluma de Juan Cortada⁹³.

Eugenio Tapia (1776-1860)

A la pluma del jurista y político abulense Eugenio Tapia se deben un *Discurso histórico sobre la decadencia del imperio musulmán* y una *Historia de la civilización española*, publicada en 1840⁹⁴.

El primero no era otra cosa que un resumen de la *Historia de la dominación de los árabes en España* de Antonio Condé (1765-1820)⁹⁵ y fue publicado con el objetivo de demostrar que las luchas civiles habían acabado con «el imperio floreciente de los árabes» y habían «[entorpecido] la gloriosa restauración de la monarquía castellana» y que, por tanto, sus coetáneos podrían aprovechar tal lección por el bien de su patria⁹⁶. A

⁹² Una de mis actuales líneas de investigación consiste en analizar la forma en que el concepto de *reconquista* se difundió en la historiografía francesa a partir del siglo XIX.

⁹³ No considero aquí la segunda (1841) y tercera edición (1846) de la obra de José Ortiz y Sanz ya comentadas. Tampoco considero la edición y continuación de la obra de Mariana que hizo Eduardo CHAO FERNÁNDEZ (1821-1887) bajo el título *Historia general de España*, 5 vols., Madrid, Gaspar y Roig Editores, 1849. Es interesante señalar que los editores calificaban la historia de Mariana como una «historia nacional» que debía ser reforzada con una iconografía con la cual ofrecer «... a la vista del lector todos los objetos y todos los hechos que la pluma más hábil por sí sola ni debe ni puede describir». De ello resultó que la obra estuviera profusamente ilustrada.

⁹⁴ Eugenio TAPIA, *Discurso histórico crítico sobre la decadencia del imperio musulmán en España y las causas que retardaron en la monarquía castellana los progresos de la restauración y las letras hasta el siglo XIII*, Madrid, Imprenta de Yenes, 1838, e íd., *Historia de la civilización española desde la invasión árabe hasta la época presente*, 2 vols., Madrid, Imprenta de Yenes, 1840.

⁹⁵ CONDÉ, *op. cit.*

⁹⁶ TAPIA, *Discurso...*, *op. cit.*, p. 1.

pesar de que el texto se centra en los siglos XI y XII, no dejó de mencionarlo por el uso que el autor hizo de la palabra *recobrar* al referirse a la conquista de Toledo, pues ello es un indicio claro de que los nuevos parámetros culturales y políticos de la época modificaron las interpretaciones de la historia medieval, privilegiando los aspectos territoriales: «No contento Alfonso con la adquisición de Toledo —señala Tapia— recobró además las fortalezas de Madrid, Maqueda y Guadalajara, estableciendo su dominación en las dos orillas del Tajo...»⁹⁷.

Más interesante es la *Historia de la civilización española*, que tenía como objetivo «dar a conocer las mejoras que se han hecho sucesivamente en el estado social de la nación española, para común utilidad de sus individuos; y los progresos de éstos en el ejercicio de sus facultades morales e intelectuales: dos acontecimientos históricos que expresa la palabra civilización»⁹⁸. La obra de Tapia era un verdadero compendio que comprendía temas de historia política, jurídica, económica y militar, así como las propias reflexiones del autor, centradas siempre en los reinos cristianos. El texto posee, además, un par de capítulos dedicados al «estado social de los dominios musulmanes de España» y a «los progresos intelectuales de los españoles y de los árabes desde la invasión de éstos hasta el siglo XIII».

Tapia no habla en su obra de «reconquista», sino de «restauración de la monarquía» o de la conquista militar de ciudades⁹⁹. Sin embargo, en su texto, se hallan presentes las nociones de defensa de la patria e independencia como nuevas claves articuladoras del discurso histórico nacional. Así lo reflejan las líneas con las que inicia los capítulos dedicados a la restauración: «el gran designio —señala— que concibieron los españoles refugiados en las montañas septentrionales de hacer frente a los conquistadores musulmanes y romper las cadenas de su oprimida patria, era asunto digno de la pluma de un eminente historiador»¹⁰⁰. Por otra parte, el autor se lamenta del hecho de que sólo quedaran de tales siglos «rústicos cricones», de tal suerte que «el origen, progresos y primitivo estado de las monarquías cristianas procedentes de la restauración están aún cercados de tinieblas»¹⁰¹.

Una muestra de la voluntad de ceñir el discurso a unos parámetros verídicos la encontramos en los comentarios que el autor realizó a las

⁹⁷ *Ibid.*, p. 12.

⁹⁸ TAPIA, *Historia de la civilización...*, *op. cit.*, vol. I, p. 1.

⁹⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 46. Tapia entendería en esta obra la conquista de Toledo como una restauración: «La restauración de Toledo fue un glorioso acontecimiento que formó época en los anales de la nación. Restablecieron el trono y las leyes godas en la antigua capital de la monarquía; y constituido ya el poder soberano en el centro de ella, podía más fácilmente llevar sus armas victoriosas a la Andalucía, cuya conquista ansiaban ardentemente los guerreros cristianos». *Ibid.*, vol. I, pp. 72-73.

¹⁰⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 41.

¹⁰¹ *Ibid.*, vol. I, p. 42.

historias de amor de don Rodrigo y los sucesos milagrosos de Covadonga, a los que califica como «cuentos propios de aquella edad ignorante y fabulosa...». «Como si no bastasen —agrega indignado— los poderosos estímulos del patriotismo, del celo religioso y de la ambición...» que llevaron a buen término la «sublevación de este glorioso caudillo»¹⁰². Estas ideas, sin embargo, no llevaron a nuestro autor a caer en el hiper-criticismo, pues aunque reconocía que el nombre de Pelayo no aparecía mencionado en las crónicas de sus coetáneos, afirmaba también que «sería temeridad negar la existencia de Pelayo y el suceso de la batalla de Covadonga»¹⁰³.

Las conquistas de Alfonso I, propiciadas por las divisiones de los musulmanes, acabarían generando un enfrentamiento a muerte entre dos pueblos distintos en el que ya no se peleaba sólo por la libertad, sino por el control del territorio: «He aquí, pues, frente a frente —afirma Tapia— dos pueblos opuestos en religión, diferentes en idioma, usos y costumbres que pelean con encarnizamiento disputándose el dominio de la península y mezclando en esta lucha de intereses materiales la fe religiosa que da ánimos a tan grande exaltación»¹⁰⁴.

La contribución de los reinos orientales a la lucha contra los invasores la expresa nuestro autor en estos términos: «Al mismo tiempo que Pelayo alzaba en Asturias el glorioso estandarte de la insurrección, resonaban en toda la cordillera del Pirineo los terribles gritos de venganza y libertad. Los vascones, que habían peleado por ésta tan bizarramente en tiempo de Sartorio y que tanto habían resistido la dominación de los godos, se alzaron en las montañas de Navarra y Aragón contra los conquistadores infieles»¹⁰⁵. La falta de noticias sobre los territorios orientales lleva a Tapia a remitir al lector al artículo «Navarra» del *Diccionario Geográfico* de la Real Academia de la Historia.

Tapia concluiría el volumen afirmando que la época de «la heroica lucha con el poderío musulmán, en que predominaron los sentimientos enérgicos de libertad e independencia y la España se dividió en varios reinos» fue una de las cuatro en las que se conformó la civilización española y que podía llamarse «el tiempo heroico de España [...] por la gloriosa existencia con que se formaron las diversas monarquías cristianas de la Edad Media», marcadas todas por un sentimiento religioso, inspirador de «grandes pensamientos»¹⁰⁶.

¹⁰² *Ibid.*, vol. I, p. 42, nota 1.

¹⁰³ *Ibid.*, vol. I, p. 43.

¹⁰⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 47.

¹⁰⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 102.

¹⁰⁶ *Ibid.*, vol. I, pp. 382-383.

Juan Cortada y Sala (1805-1868)

El jurista y académico de la historia Juan Cortada¹⁰⁷ escribió una extensa *Historia de España*, que formó parte de una colección de divulgación de historia universal¹⁰⁸. En ella es posible apreciar un elemento de gran importancia en el proceso de laicización de la memoria histórica: el abandono paulatino de las concepciones providencialistas de la historia. De esta suerte, el autor explica la invasión musulmana con base en la división de los visigodos y la desmedida ambición de los seguidores de Mahoma, al tiempo que su discurso está impregnado de términos como *patria*, *independencia*, *españoles*, *guerrillas* y, algo novedoso, el término *revolución*. Así lo reflejan las líneas finales del prólogo, en donde Cortada sostenía que el patriotismo y el amor a la independencia habían dado origen a la lucha que los españoles habían mantenido contra los musulmanes a lo largo de los siglos:

«Lloraremos por la independencia de nuestra patria perdida en un momento, y aun correrán nuestras lágrimas cuando esa independencia resucitará en un rincón de Asturias para afirmarse, tomar ensanches, extenderse por la nación entera y poseerla. Entonces el exceso de vida de los Españoles no cabrá en su patria, y rebosando por todas partes los veremos derramarse por mar y tierra, llevar su nombre alrededor del globo, y sólo faltará que Dios haga otro mundo para que los españoles planten en sus montes y en sus llanuras el estandarte de la patria, fatigada de tantas victorias, sofocada bajo el peso de tantos laureles, veremos como la nación se adormece y como entonces todos sus enemigos, aprovechando ese sueño, clavan en ella su venenoso diente»¹⁰⁹.

La interpretación de Cortada, de naturaleza política y económica, nos induce a hacer un pequeño paréntesis con el fin de resaltar la importancia que el autor dio a la descripción de la geografía peninsular. No puede verse en ello un topos o una moda, sino, ante todo, la necesidad de apropiarse de un espacio y de dotarlo de nuevas significaciones: España ya no

¹⁰⁷ Sobre Cortada, véase Gonzalo PASAMAR e Ignacio PEIRÓ (eds.), *Diccionario de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002, pp. 204-205.

¹⁰⁸ Juan CORTADA Y SALA, *Historia de España, desde los tiempos más remotos hasta 1839, adornada con hermosas láminas grabadas que representan trages, armas, armaduras y muebles de los españoles de varias épocas y embellecida con un hermoso Atlas geográfico-histórico compuesto de ocho mapas iluminados, que designan los diferentes límites y divisiones de España en las principales épocas de su historia, y dan una noticia de los lugares en que ocurrió algún hecho memorable*, 3 vols., Barcelona, Imprenta de A. Brusi, 1841-1842.

¹⁰⁹ *Ibid.*, vol. I, pp. 13-14.

es más —o ya no se quiere que sea— un conglomerado de regiones, sino la patria sobre la que se asienta la nación. Las primeras descripciones geográficas hechas en el siglo XIX aún recuerdan mucho al *laudus hispaniae* isidoriano, pero conforme avanza el siglo tales descripciones se llenarían de datos, estadísticas, tablas, cuadros y números, adquiriendo un carácter positivo y, por lo tanto, científico. Pero, con datos matemáticos o sin ellos, lo verdaderamente importante era que el medio dejaba su impronta en los pueblos y marcaba su grado de civilización, así como los caracteres indelebles que lo acompañarían a lo largo de la historia¹¹⁰.

La descripción geográfica de Cortada está más en la tónica isidoriana. Sin embargo, en el discurso de nuestro autor, esta riqueza natural no sólo tiene un papel literario¹¹¹, sino que se convierte en una de las claves explicativas más importantes del devenir histórico, por cuanto otorga plena validez al esquema invasionista, pues, según el propio Cortada, «esta predilección ha sido por otra parte una de las más poderosas causas de sus desgracias, pues desde remotos siglos ha despertado la envidia de naciones diversas, que no pudiendo volverla estéril han arrebatado sus riquezas, o la han combatido con largas guerras para contener los progresos que en ella debieran desarrollarse forzosamente»¹¹². No contento con esto, nuestro académico concedía a la geografía un papel destacadísimo —y en particular al Reino de Castilla— en la conformación de la España moderna, pues, según él, la propia naturaleza le había fijado ya sus límites, por lo que la existencia de Portugal como nación independiente era antinatural y debía más bien formar «una de sus provincias»¹¹³.

Por lo que respecta a los acontecimientos del siglo VIII, Cortada utiliza el esquema invasionista para explicar la conquista musulmana, pero resaltando los aspectos políticos de la crisis que sacudió al reino visigodo. Sin embargo, nuestro autor, a pesar de que conoce las nuevas interpretaciones que hay sobre la actuación del penúltimo rey visigodo propuestas por Romey, en donde el monarca es exonerado de los males que se le adjudican, prefiere sumarse a la versión tradicional y señalar que la crisis política comenzó en tiempos de Witiza —a quien llama el «nuevo Nerón»—, quien con sus «vicios» —ya no «pecados»— alteró la paz del reino¹¹⁴. De esta suerte y con el objetivo de «derrocar al imperio de la tiranía y de los vicios», la mayor parte de la nobleza, encabezada por Rodrigo, inició «el fuego de la revolución»¹¹⁵. Una revolución —nótese

¹¹⁰ ÁLVAREZ JUNCO, *Máter Dolorosa...*, *op. cit.*, p. 203.

¹¹¹ CORTADA, *Historia...*, *op. cit.*, vol. I, p. 16.

¹¹² *Ibid.*, vol. I, p. 14. Cfr. ÁLVAREZ JUNCO, *Máter Dolorosa...*, *op. cit.*, p. 205.

¹¹³ CORTADA, *Historia...*, *op. cit.*, vol. I, p. 15.

¹¹⁴ *Ibid.*, vol. I, pp. 163-165.

¹¹⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 163.

que es la primera vez que se utiliza este término para referirse al levantamiento de la facción de Rodrigo, término que, por otra parte, implicaba un carácter de legitimidad— que, sin embargo, terminaría convirtiéndose en una guerra civil¹¹⁶.

Llegados a este punto, Cortada se veía en la necesidad de explicar la caída definitiva del reino visigodo. Una de las razones consistía en que «sus resortes estaban gastados, más que por el tiempo, por los vicios de la nación, corrompida antes de ser minada por los siglos, pues no contaba más que trescientos años de su establecimiento en España». La otra consistía en que «la nación [...] no supo defender su independencia y dejó morir hasta su nombre»¹¹⁷. Planteada la caída del reino visigodo como un «problema histórico», Cortada dedicaba varias páginas a examinar las «instituciones políticas» y «las costumbres nacionales» para después narrar los acontecimientos de la invasión, pues pensaba encontrar en ellas las causas profundas de la ruina de la monarquía. Así, el autor afirmaba que los visigodos no pudieron «resistir a sus enemigos» en parte porque «los árabes eran soldados y los godos ya no lo eran», en parte porque los judíos, «agobiados por la pesada e inicua opresión [...] proporcionaron noticias a los musulmanes preparando el logro de su empresa» y en parte porque el propio Rodrigo no tenía apoyos políticos suficientes. De esta suerte, concluye el autor, «el imperio godo minado por tantas partes», acabaría sucumbiendo «al primer ataque de un enemigo extranjero»¹¹⁸. Pero había una razón aún más poderosa que explicaba la facilidad con la que los musulmanes conquistaron la Península: la falta de unidad entre los españoles. Cortada, testigo de las divisiones que marcaban el pulso de la vida política de su época, lo explicaba así:

«Familias adictas a este [Rodrigo] o al otro rey, poderosos valedores alistados en la bandera del príncipe reinante o del caído, produjeron discordias intestinas que aniquilaban el poder de la nación, harto debilitada ya con los vicios y los dislates de los últimos tiempos. Los cismas religiosos y políticos, la diversidad de intereses, las distancias inmensas de las clases, habían impedido que la sociedad goda formase aquella unidad compacta sin la cual no hay nación, no hay espíritu de independencia, no hay abnegación absoluta de todo para sacrificar todo a la patria. En las discordias civiles se llega a veces a tal encarnizamiento que cada partido vendería gustoso su patria al extranjero a trueque de no doblar el cuello a

¹¹⁶ «Dividieronse los Godos entre los pretendientes a la Corona, pues unos querían que se eligiese por rey a un hijo de Witiza y otros, horrorizados a su solo recuerdo, pretendieron que la corona debía volver a las sienas de los sobrinos de Recesvinto, siendo este partido el que reportó la victoria». *Ibid.*, vol. I, p. 164.

¹¹⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 165.

¹¹⁸ *Ibid.*, vol. I, pp. 183-184.

la coyunda del partido contrario; porque el dominio del hermano parece más pesado que el yugo del extraño. Las discordias que por entonces trabajaban a la España decidieron la irrupción de los árabes»¹¹⁹.

Cortada no dudó en hacer de la «traición» del conde Julián el medio por el que se verificó la invasión islámica. Tal acto de traición en contra de la patria, el rey y la religión sólo podría encontrar su explicación en un motivo gravísimo, que para Cortada no era otro que la violación de la Cava, que daba por buena a pesar de los datos que la negaban¹²⁰.

Acorde con la tónica de los tiempos, el autor presenta a los musulmanes de una manera ambigua, pues si bien, por una parte, les reconoce ciertas cualidades como su espíritu guerrero, por otra, los califica de ser un pueblo «fanático» que pensaba que quien moría en batalla ganaba automáticamente el paraíso pasando a «otra vida más dichosa» y argumentaba que ello los convertía en un pueblo «temible»¹²¹. Las valoraciones de nuestro autor tienen mayores implicaciones que las que se dejan ver en el párrafo, pues comienza a discutirse la importancia de las aportaciones de la cultura islámica en la conformación de la identidad histórica española. Al menos así lo refleja la reflexión con la que se abre el capítulo dedicado a la historia de «la España Árabe»:

«Aquí da principio uno de los períodos más notables de la historia de nuestra patria. La España, [...] va a ser víctima de una nueva irrupción de carácter totalmente diverso. En efecto, hasta ahora sólo se ha tratado de hacer conquistas; mas los árabes mientras conquistan procuran hacer prosélitos. Su objeto se extiende a más que a poseer el territorio, pues quieren generalizar su creencia religiosa, y así vemos que son conquistadores y misioneros; esgrimen la espada y predicán el islamismo. Entre los cristianos la fuerza espiritual está enteramente separada de la temporal, y los hombres que dirigen la una no son jefes de la otra; mas entre los árabes hay unidad de poder espiritual y temporal, la autoridad moral se confunde con la fuerza...»¹²².

La gesta de Pelayo forma parte del capítulo dedicado a la «España Árabe», mostrando así lo íntimamente relacionadas que estaban ambas historias. La falta de datos históricos obliga a Cortada a reproducir en sus líneas generales el relato consagrado por Mariana, aunque en él se aprecia también el uso de términos más propios del lenguaje político del siglo XIX.

¹¹⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 187.

¹²⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 191.

¹²¹ *Ibid.*, vol. I, p. 187.

¹²² *Ibid.*, vol. I, p. 191.

Así, Cortada cuenta que Pelayo sobrevivió a la batalla de Guadalete, que se refugió en Toledo «con algunos restos del ejército» y que finalmente tuvo que internarse en los montes de Asturias, donde «fue elegido rey por los cristianos». En este refugio reunió un gran ejército con el que pudo resistir al primer ataque de los musulmanes, los cuales, «temiendo que el ejemplo de este príncipe animase a los demás jefes españoles a oponerles resistencia, prefirieron entrar en negociaciones». Tales pactos dieron a Pelayo la oportunidad de formar «una especie de república»¹²³.

Tras narrar lo relativo a los amoríos entre Munuza y la hermana de Pelayo, señala que éste encontró en tal suceso el valor para rebelarse contra el dominio musulmán, y que «sabida por las provincias de Galicia y Vizcaya la resolución que había hecho de atacar a los moros, le enviaron diputados ofreciéndole auxilios y pidiendo que los admitiese en confederación»¹²⁴. Sin embargo, Pelayo inició las hostilidades «sin esperar su concurrencia», lo cual debe entenderse como que la gloria del alzamiento correspondió sólo a los visigodos. La batalla de Covadonga, por su parte, se reprodujo con tintes dramáticos, pero sin los elementos milagrosos que la habían acompañado hasta entonces:

«Arrojáronse los árabes llenos de ira a la boca de la cueva donde se guarecía aquel puñado de valientes, que los recibieron con un denuedo y una bravura admirables y como se batían con el ardor que comunica la desesperación, alcanzaron la más completa victoria, y los árabes se vieron obligados a recurrir a la fuga y vagar por las montañas donde la mayor parte pereció de hambre y a manos de los secuaces de don Pelayo. [...] La brillante jornada de Covadonga reanimó a todos los cristianos que de varias partes acudieron a engrosar el ejército y lograron difundir el terror entre los sectarios de Mahoma»¹²⁵.

Aprovechando las divisiones entre los caudillos musulmanes, Pelayo reanudó sus actividades, «conquistando León, Gijón, Astorga y otras plazas con las que formó un pequeño estado, tomando luego el título de rey de Asturias que conservaron sus sucesores hasta Ordoño II». «Pelayo —terminaba nuestro autor— murió en Cangas de Onís el año 737, dejando grabado un recuerdo de veneración en el alma de todos los Españoles [...]. Reinó diez y nueve años y fue el restaurador de la monarquía española»¹²⁶.

El capítulo dedicado a la batalla de Covadonga se cierra con una reflexión a propósito del papel que la figura de Pelayo tiene en la con-

¹²³ *Ibid.*, vol. I, p. 198.

¹²⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 199.

¹²⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 200.

¹²⁶ *Ibid.*, vol. I, pp. 200-201.

formación de la identidad histórica española como símbolo de la unidad «nacional», de la resistencia y de la lucha por la independencia frente al intento de dominio por parte de pueblos extranjeros. Así, las prendas y dotes de Pelayo, establecidas por Mariana y reactualizadas en el siglo XVII desde una óptica religiosa, serían objeto de una nueva reelaboración, esta vez en términos políticos:

«Pelayo tuvo la gloria de volver a la vida a una nación subyugada en parte bajo pesado yugo, y abatida en parte por el terror y el espanto. Él comunicó a los demás corazones el sagrado fuego que ardía en el suyo, dio el primer grito de independencia, éste resonó en los oídos de todos los españoles amantes de su patria, sus bocas lo repitieron con entusiasmo, sus manos empuñaron las armas y tuvo principio la grande obra que después de ocho siglos concluyeron sus descendientes [...] Y si hay un hombre que encienda ese fuego, que da el grito de la independencia y a la cabeza de sus compatriotas debe sostenerla o conquistarla, ¿qué importa que ese hombre haya nacido noble o plebeyo?»¹²⁷.

La reinterpretación en claves patrióticas se hace extensiva al reinado de Alfonso I. Cortada comienza su relato recordando que «la desdichada batalla de Guadalete que sacrificó la flor del ejército de Rodrigo y dio fin con la monarquía goda, no acabó con todos los españoles, ni pudo extinguir el amor de la patria ni el celo religioso». Éstos, por el contrario, siguieron «al constante Pelayo» a las asperezas de Asturias, donde «se organizó una sociedad nueva, y tuvo principio una monarquía, cuyos individuos pusieron la corona en las sienes de su caudillo». Con el tiempo, «los españoles que deseaban sacudir el yugo extranjero» corrieron a las Asturias, donde juraron vengarse bajo «el pabellón que había enarbolado Pelayo. El ejemplo de los primeros arrastró a otros, y cuantos sufrían agravios de los Árabes volaban a los montes en donde se erigió un trono, sobre bases en verdad poco sólidas, pero con un intento sagrado y una voluntad firme de sostenerlo»¹²⁸. Y añade el autor:

«Muchos españoles, corridos de su cobardía, conocieron que no habían hecho todo lo que de ellos tenía derecho a exigir la religión y la patria, y entonces se preguntaron a dónde debían acudir para lavar la mancha que sobre ellos cayera. Los ojos se volvieron a las montañas de Asturias en que algunos españoles fieles y audaces había proclamado rey a un jefe valeroso y pío y echaba los cimientos de una monarquía. [...] El momento era favorable para llevar las armas fuera del recinto que el nuevo reino comprendía, porque los Árabes, muy desacordados

¹²⁷ *Ibid.*, vol. I, pp. 201-202.

¹²⁸ *Ibid.*, vol. I, pp. 204-205.

entre sí a causa de intestinas discordias [...] no hacían temer [...] aquella formidable osadía que hasta entonces contuvo a los españoles. Los Cántabros, sin duda para asegurar más un independencia, se unieron a los Asturos y aunque algunos pueblos de aquellos distritos se negaron a reconocer como rey al que lo era en Asturias, la unidad de religión y el común peligro les hacían mirarse como hermanos, y trabajar más o menos unidamente para un objeto mismo...»¹²⁹.

El mensaje era claro una vez más: sólo la unidad y la fraternidad, sustentada en un común sentimiento religioso, eran capaces de detener cualquier peligro que amenazase a la patria. Pero hay otro mensaje en este párrafo, menos explícito pero no menos importante: la idea de que el papel rector corresponde exclusivamente a un reino, Castilla, en torno al cual, desde los mismos orígenes de la monarquía, se han aglutinado los demás reinos. La idea no es nueva, por supuesto, pero me parece interesante señalar la forma en que la vieja conceptualización de la España vertical y el discurso casticista se reactualizó también en claves nacionalistas. Y es que no podía ser de otra forma: el nacionalismo lo impregna todo y la historia y los historiadores contribuyeron, a su vez y de forma infatigable, a conformar la idea de una nación que reposa sobre un núcleo llamado, desde el origen, a regir sus destinos. Una última reflexión que me sugiere el texto de Cortada es que, a pesar del alto contenido patriótico del discurso, no utilizó nunca el término *reconquista*. No lo hizo al narrar la batalla de Covadonga, como tampoco lo hizo al escribir sobre las conquistas de Alfonso I o Alfonso VI¹³⁰, por lo que habría que esperar a la publicación de sus *Lecciones de historia de España* (1846) para que Cortada incorpore este término a su discurso, como lo veremos más adelante.

Desplazando mi atención hacia los acontecimientos de los reinos orientales, encuentro de nuevo que las incursiones carolingias que tenían como objetivo apoderarse de Barcelona fueron interpretadas como invasiones extranjeras. El hecho adquiere mayor relevancia si se toma en cuenta que se mantenían frescos en la memoria de todos los contemporáneos de Cortada los recuerdos tanto de la invasión napoleónica como la expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis:

«Levántanse tropas acuden los borgoñones y los provenzales, y acantonados en los Pirineos aguardan que las nieves corran derretidas desde las cumbres de los montes para precipitarse tras ellas sobre nuestra patria. Los de Auvernia, los aquitanos, los francos, los

¹²⁹ *Ibid.*, vol. I, pp. 205-206.

¹³⁰ *Ibid.*, vol. I, pp. 206-207 y 416-417.

de Guyena, todos acuden al lugar de la cita, y sus ojos se dirigen al pueblo donde ansiaban hacer presa. Al mirar como se conjuran para la destrucción de una ciudad sola, creyérase ver otra vez a los pueblos de Grecia unirse para la ruina de Troya»¹³¹.

La conquista de la futura ciudad condal dio pie al autor para comentar las sombras que rodean los primeros años de la dominación carolingia en Cataluña. De esta suerte, afirma que le había sido imposible establecer quiénes fueron los condes que estuvieron al frente del Condado de Barcelona como feudatarios de los monarcas carolingios y señala que sólo a partir de la época de Wifredo el Velloso era posible moverse con certidumbre. Ya desde la primera mitad del siglo XIX la identidad catalana contemporánea haría de Wifredo el Velloso su héroe predilecto y es sintomático que el propio Cortada, dentro de su *Historia general*, lo entienda también así. Pero lo interesante aquí es que semejante origen serviría, una vez más, para engrandecer a los representantes de la Corona castellana, puesto que Cortada sostenía que Cataluña, que se había hecho independiente con Wifredo, «representó tan grande papel en la Edad Media, convirtiéndose en una potencia temible, y fue el tronco donde más adelante salieron los reyes de Aragón y después de Castilla»¹³². Al exaltar a los reyes de Castilla, se exaltaba de forma general a la monarquía hispana, pero ello era también una forma de articular un discurso nacional en el cual la historia de los otros territorios quedaba relegada a un segundo plano.

En 1846, Cortada publicó unas *Lecciones de Historia de España*, que eran una versión resumida de su *Historia*¹³³. La naturaleza didáctica de la obra se manifiesta gracias a los apéndices que acompañan al texto, los cuales incluyen una cronología detallada de los acontecimientos políticos, una tabla sobre la periodización de la España musulmana y un cuadro de las dinastías de los monarcas españoles. Esta primera edición¹³⁴ no lleva ilustraciones, pero está acompañada de un prólogo en el que el autor resalta la utilidad de la historia patria¹³⁵ y en el que establece que

¹³¹ *Ibid.*, vol. I, p. 234.

¹³² *Ibid.*, vol. I, p. 236.

¹³³ Juan CORTADA Y SALAS, *Lecciones de historia de España*, Barcelona, Antonio Brusí, 1846.

¹³⁴ La segunda edición sería publicada en 1872 dentro de la Biblioteca Económica del Maestro de Primera Enseñanza: Juan CORTADA, *Historia de España dedicada a la juventud, desde los tiempos más remotos hasta 1839. Adicionada y continuada hasta 1868 por don Jerónimo Borao, catedrático y rector de la Universidad de Zaragoza, ilustrada con veinte láminas y cien viñetas. Con un Discurso de Don Cayetano Vidal y Valenciano para ser leído en el acto de su recepción pública en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 2 vols., Barcelona, Juan Bastinos e Hijo Editores, 1872.

¹³⁵ Cortada, *Lecciones...*, *op. cit.*, p. 5

su objetivo era «ofrecer [...] no un extracto ni un compendio de la historia de España, sino el núcleo de ella, el tronco de donde chupan la vida las ramas todas»¹³⁶. De esta suerte, Cortada busca huir de la simple compilación de fechas y narración de batallas, pues, inspirado en Guizot, le interesaba más estudiar la historia de España como proceso y establecer «las causas de las mutaciones», ocurridas «en los siglos precedentes»¹³⁷. Tal espíritu «prepositivista», sin embargo, no estaba peleado con el patriotismo, puesto que, según el autor, el mejor tributo que se podía hacer a la «madre patria» era conocer su historia y su biografía¹³⁸.

La primera lección es una visión de conjunto de la historia española y en ella Cortada hace de la lucha por la recuperación del territorio de manos musulmanas la clave del proceso histórico medieval, iniciado tras la batalla de Guadalete en la que la «España goda» se convirtió en «España árabe»:

«Abríganse los leales en un rincón de Asturias y echan la base de la monarquía española, que tardará ocho siglos en arrojar de su territorio a los invasores. [...] En esos combates la fortuna es varia; mas sin embargo aparece un hecho notable y es que apenas se hubo fundado en Asturias la monarquía, cuando los españoles fueron ganando incesantemente terreno, mientras otros puntos extremos de nuestra patria sacudían el yugo de los árabes. En efecto, fórmase el condado de Barcelona, sujeto primero a los reyes francos, independiente luego, potencia temible más adelante y tronco donde salieron con el tiempo los reyes de Aragón y por fin los de Castilla...»¹³⁹.

La lección tercera está consagrada a la España visigoda y en ella el autor subraya el hecho de que las divisiones entre las élites del «fanático» pueblo goda fueron las que permitieron y facilitaron la conquista musulmana al debilitar «aquella compacta y tenaz unidad que constituye la fuerza de las naciones»¹⁴⁰. Aunque Cortada prefiere no entrar en la polémica sobre el asunto entre Rodrigo y la Cava, señala, por el contrario, que los «historiadores no están aún de acuerdo en las causas» que llevaron a Julián a impulsar la empresa musulmana, mas no por ello deja de mencionar el importante papel desempeñado por «los vicios» de los

¹³⁶ *Ibid.*, pp. 12-13.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 14.

¹³⁸ «Es un tributo que se debe a la patria conocerla desde su origen, y saber su biografía [...]. Vosotros sois la esperanza de España; concedla pues, ved lo que han sido los españoles y entonces se inflamará en vuestro pecho el amor de la patria y estudiaréis con el noble afán de haceros dignos de contribuir algún día a su ventura». *Ibid.*, p. 15.

¹³⁹ *Ibid.*, pp. 21-22.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 85.

visigodos, ni de explicar la duración de la batalla de Guadalete argumentando que «en ella se disputaban un trono y ochocientos años de independencia o servidumbre», de lo cual se desprendía que con el triunfo musulmán «murió la independencia de nuestra patria»¹⁴¹.

La lección cuarta está consagrada al dominio árabe y a narrar sucintamente las acciones cristianas. En el párrafo introductorio, Cortada recupera el esquema invasionista, situando a un mismo nivel la naturaleza territorial y la naturaleza religiosa de la invasión, hecho este último que le confería su particularidad dentro del rosario de invasiones que había sufrido la Península, dado que los «árabes son conquistadores y misioneros, que esgrimen la cimitarra y al mismo tiempo predicán el islamismo»¹⁴².

El papel protagónico en la lucha de restauración correspondería a Pelayo, quien no sólo se encontró en Guadalete defendiendo su «patria» junto con «algunos otros españoles», sino que «extendió su dominio por varios puntos comarcanos» con el apoyo de «los españoles fatigados del yugo extranjero»¹⁴³, labor que sería continuada por Alfonso I y se extendería hasta el siglo X, cuando la monarquía asturiana, «es ya poderosa y les disputa a los moros el dominio de nuestra patria». Este hecho coincidiría, según el autor, con la aparición «en distintos puntos» de «nuevas sociedades que sacuden el yugo árabe y echan la base de condados, principados, reinos que irán ensanchando su periferia y acabarán por tocarse»¹⁴⁴.

Una interesante conclusión de Cortada consiste en señalar que el enfrentamiento entre cristianos y musulmanes fue un enfrentamiento a muerte, pues no sólo se trataba de la lucha entre dos religiones, sino entre dos «sistemas» —nótese la aparición de este elemento organicista— que se disputan un mismo territorio: «La irrupción de los árabes y la erección del trono de Asturias pronto dividieron la Península en dos potencias, y esta es la causa porque el feudalismo no apareció en España con la pujanza de otras naciones. En estas se lidiaba por un territorio [...] allí se trataba de la independencia o de la servidumbre, y los luchadores eran dos pueblos, dos religiones, dos sistemas»¹⁴⁵.

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 86.

¹⁴² *Ibid.*, p. 87.

¹⁴³ *Ibid.*, p. 90.

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 94. Esta idea de recuperación territorial volvería a hacerse patente al tratarse las conquistas realizadas durante la época de los reyes de taifas, tiempo en que las pasiones y las divisiones entre los musulmanes surgieron «... cuando los españoles más poderosos ya, reunían grandes ejércitos y se libertaban del yugo mahometano dilatados territorios [...] Los reyes españoles [...] acometían reciamente a los musulmanes, que faltos de unidad llegaron a conocer que tarde o temprano la España entera recobraría su independencia». *Ibid.*, p. 204.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 96.

En ninguna de las páginas consagradas a la Alta o Plena Edad Media el autor empleó el término *reconquista* y es interesante que aparezca una sola vez al hablar de la conquista de Granada por los Reyes Católicos, pero no en relación con el territorio, sino con la libertad perdida y ahora recuperada: «Ocho siglos se mantuvieron [los musulmanes] en ella con mejor o peor fortuna, y tal vez no la perdieran nunca si dejando a un lado ambiciones particulares hubiesen concurrido todos al bien general; y por otra parte su permanencia en nuestra patria quizás habría sido muy corta si los cristianos, estimando en lo que valía la independencia de su país, hubiesen trabajado siempre de acuerdo a fin de reconquistarla»¹⁴⁶. Más adelante, Cortada emplearía nuevamente el término *reconquista* al referirse a la derrota definitiva de los musulmanes en 1492: «Ocho siglos de guerras y desventuras sin cuento espieron las torpezas de los godos, y la venganza divina satisfecha, arrojó de nuestro suelo a los hombres que había escogido para sus ministros. Ya no existen: ya no volverán jamás: desde las costas de su patria mirarán todavía el imperio que poseyeron; mas nunca osarán atravesar el estrecho para reconquistarlo»¹⁴⁷.

Las conclusiones que pueden extraerse de las lecturas de Eugenio Tapia y Juan Cortada son dos. En primer lugar, que los acontecimientos del siglo VIII fueron reinterpretados desde una óptica nacionalista y patriótica, perdiendo gradualmente los elementos providencialistas que habían acompañado el discurso desde el siglo XVI. En este sentido, es significativo el hecho de que el triunfo musulmán se explique a raíz de la división existente entre los visigodos, es decir, en función de una explicación política y no religiosa. Indudablemente esta interpretación estuvo marcada por el momento histórico en el que escribieron los autores, caracterizado por las pugnas políticas entre los distintos grupos políticos y los pronunciamientos militares. Y así como Pelayo había derrotado a sus enemigos con el apoyo de todos los españoles, tocados en lo más íntimo de su patriotismo, así también los políticos debían abandonar sus rencillas en aras del interés supremo de la patria. En segundo término, que en la década de 1840 inició la difusión del término *reconquista*.

Vindicando a los condes catalanes

El proceso de construcción de la identidad catalana corrió de forma paralela al proceso de construcción de la identidad nacional española y siempre como respuesta a esa visión casticista de la historia. Ello llevó a los histo-

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 202.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 208; misma idea en p. 211.

riadores catalanes a continuar la línea abierta por Narcís Feliu de la Peña y a reivindicar una historia propia, no con el objetivo de legitimar un proceso independentista, sino con la idea de obtener, por parte del discurso centralizador, el reconocimiento de unas realidades locales¹⁴⁸. Pero en la primera mitad del siglo XIX asistimos a un proceso que perduraría hasta el segundo tercio de la centuria: los historiadores de esta década procuraron sumarse al discurso nacional que se construía desde el centro con la idea de integrarse plenamente dentro del Estado-nación que se estaba construyendo.

En efecto, sin dejar de reivindicar el papel de Cataluña dentro del conjunto de reinos de la monarquía, autores como Próspero Bofarull, Pablo Pi Ferrer, Francisco Pi y Margall y Andrés Avelino Pi y Arimón asumieron como suya la concepción histórica según la cual España se había forjado a lo largo de ocho siglos de lucha contra el invasor sarraceno. Tal actitud se reflejó no sólo en el hecho de que estos autores escribieron todos en castellano, ni tan sólo en que consideraron la conquista de Barcelona por Luis el Piadoso o la época de Wifredo el Velloso como los momentos fundacionales del condado, sino que, inclusive, emplearon de forma explícita el término *reconquista* para hacer referencia a la lucha contra los musulmanes¹⁴⁹.

Ello, por supuesto, estaba en sintonía con el contexto historiográfico y nacionalista arriba esbozado, pero, qué duda cabe, reflejaba también una voluntad de asumirse como españoles¹⁵⁰. Sólo cuando los fracasos del nacionalismo español se hicieron evidentes a lo largo del último tercio del siglo XIX, los historiadores catalanes comenzaron a construir un discurso histórico alternativo al discurso nacionalista —casticista—, utilizando el catalán a la hora de publicar y, sobre todo, haciendo énfasis en los aspectos más originales de su historia medieval, como la independencia *de facto* de los condes catalanes respecto de los monarcas peninsulares y los propios soberanos carolingios y capetos.

¹⁴⁸ Sobre la historiografía catalana del siglo XIX, véase Pere ANGUERA, «Nacionalismo e historiografía en Cataluña. Tres propuestas en debate», en Carlos FORCADELL (ed.), *Nacionalismo e historia...*, op. cit., pp. 73-88; Jaume AURELL, «La formación del imaginario histórico del nacionalismo catalán, de la *Renaixença* al *Noucentisme* (1830-1930)», *Historia Contemporánea*, núm. 22, 2000 (1), pp. 257-288; Jaume SOBREQUÉS, «Les històries generals de catalunya en el període històric de la *Renaixença* i el Romanticisme (segle XIX)», en Joaquim NADAL et al., *La historiografía catalana. Balanç i perspectives*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1990, pp. 19-35, y Ramon GRAU I FERNÁNDEZ, «La historiografía del romanticisme (de Pròsper de Bofarull a Víctor Balaguer)», en BALCELLS (ed.), op. cit., pp. 141-159. Estos historiadores coinciden en señalar la unidad de las obras publicadas entre 1835 y 1868, a las que engloban bajo el término de historiografía del «romanticisme».

¹⁴⁹ Cfr. WULFF, op. cit., p. 164.

¹⁵⁰ Cfr. GARCÍA CÁRCCEL, *La construcción de las historias de España...*, op. cit., p. 30.

Al igual que las obras analizadas más arriba, los textos publicados por historiadores catalanes muestran altas dosis de patriotismo y en ellos también se evidencia el hecho de que la lucha contra Al-Andalus se entiende cada vez más como una lucha por el control de la tierra y cada vez menos como una guerra a favor de la libertad y la religión. En este mismo orden de ideas, las expediciones carolingias no se conciben como una invasión, sino como una colaboración con los catalanes en el proceso de reconquista de la tierra. Finalmente, también se observa una voluntad de ceñir el discurso histórico a unas dimensiones de veracidad, por lo que se eliminan las tradiciones relativas a Otger Cataló y los milagros y otros sucesos sobrenaturales no tienen apenas cabida.

Próspero Bofarull y Mascaró (1777-1859): una lectura en claves patrióticas y nacionalistas

En 1836, Próspero de Bofarull y Mascaró¹⁵¹, académico de las Reales Academias de la Historia y de las Buenas Letras de Barcelona y director del Archivo de la Corona de Aragón, publicó una extensa obra con el revelador título de *Los condes de Barcelona vindicados*¹⁵². Con esta obra, el autor, de tendencias absolutistas, pretendía reivindicar el papel del Condado de Barcelona desechando las leyendas acuñadas en el siglo xv —en especial la de Otger Cataló— y utilizando los tesoros documentales contenidos en el archivo de la Corona de Aragón. Como consecuencia de este proceso de reescritura, guiado por el triple ideal de asentar sólo la verdad, despejar las sombras y ofrecer una cronología fidedigna de la Edad Media, Bofarull no daría tanta importancia al período carolingio como a la época que inicia con Wifredo el Velloso, a quien consideraba el primer conde soberano y, por lo tanto, el verdadero fundador de la nacionalidad catalana.

El libro no sólo es importante para nuestro estudio por ser uno de los primeros trabajos que pretende escribir la historia con base en una gran cantidad de documentos inéditos, sino, ante todo, porque desde las primeras páginas Bofarull maneja de forma simultánea los términos *restauración* y *reconquista* para hacer referencia a la lucha contra los musulmanes y porque, implícitamente, considera que la historia catalana propiamente dicha comienza en la Edad Media. De esta suerte, en la *Razón de la Obra*, Bofarull afirma que «de todas las provincias de la Península Española que en los primeros períodos de la dichosa aunque lenta

¹⁵¹ Sobre Bofarull, véase PASAMAR y PEIRÓ, *D.H.E.C.*, *op. cit.*, pp. 133-134.

¹⁵² BOFARULL y MASCARÓ, *op. cit.*, utilizo la edición facsimilar de la de 1836 preparada por Federico Udina, Barcelona, Fundación Conde de Barcelona-La Vanguardia, 1988.

y vacilante restauración de la malhadada Patria del yugo mahometano formaban estados independientes, acaso Cataluña [...] es la que más abunda en documentos históricos». Y añadía que éstos eran tan diversos que con ellos podía «formarse el cuerpo más completo y auténtico de su historia peculiar [de Cataluña], perteneciente a los últimos once siglos de la Era cristiana a que se extiende su existencia y representación política, especialmente la parte más oscura e interesante por ser fundamental, que es la del noveno al duodécimo». Tal reescritura de la historia se hacía aún más necesaria, si cabe, porque «las continuas incursiones de los Muslimes, el fuego, la espada, el entusiasmo religioso, y en suma, la ignorancia en que envolvió al mundo el seductor sistema político-religioso del pseudo Profeta de Medina, no nos dejaron de aquellos cuatro primeros siglos del sacudimiento español mas que muertes, desolaciones, cenizas y escombros y la confusa memoria de muy pocos y aun desfigurados sucesos»¹⁵³.

Tras lamentarse de la tardía publicación de la obra de Pujades, Bofarull añadía que no iba a escribir toda la historia de Cataluña no sólo porque no hubiese informaciones fidedignas y suficientes sobre las épocas antiguas, sino, fundamentalmente, por el hecho de que Cataluña sólo había nacido en la época del

«... inmortal Wifredo el Velloso y sus descendientes, [quienes] la conquistaron con el esfuerzo de su brazo, lanzando del país a los Ismaelitas y fundando una Patria, Soberanía y Constitución Civil que nos han transmitido, y cuyo origen y vicisitudes conviene tener muy presentes, mayormente cuando se trata de uniformidad civil Española, de reformas y regeneración de fueros, libertades o privilegios que el antiguo condado y marquesado de Barcelona no desconocía muchos siglos atrás a pesar de los embates del feudalismo [...]. La historia peculiar del Principado de Cataluña, o mejor, la del Condado y Marquesado de Barcelona, merece por tanto ser tratada con antelación a la anterior del mismo país, tomándola desde la invasión de los árabes, porque de ella emanó indudablemente este pequeño Estado independiente, que así como los demás de igual clase que nacieron entonces en la península, ha venido a ser una de tantas provincias de la Monarquía Continental Española que las abraza hoy a todas»¹⁵⁴.

Muy a tono con el gusto de la época, Bofarull insertó una serie de poemas entre la introducción y el texto propiamente histórico. En este *Sumario histórico-cronológico en verso de los condes de Barcelona desde su origen hasta el siglo XIX* encontramos dos elementos importantes: el primero consiste en que Bofarull reconoce la primacía del movimiento asturiano

¹⁵³ *Ibid.*, vol. I, p. 1.

¹⁵⁴ *Ibid.*, vol. I, pp. 5-6.

en la lucha contra los sarracenos; el segundo, la utilización de la palabra *reconquista* para hacer referencia a dicho enfrentamiento. Así, el poema dedicado al siglo VIII y titulado *Ocupación de España por los moros, principio de su restauración y particularmente de la de Cataluña* dice:

«Sierva España, infeliz y dependiente/
De la irruptora sarracena gente/
En duelo tan amargo/ Abrió los ojos, sacudió el letargo,/ Y su brío asombró los horizontes,/ Parto de las montañas de los montes/
Desde los que coronan las Asturias,/ Aun más que huestes desatadas furias/
O en cada campeón celeste rayo/ Lanzó contra los árabes Pelayo/
En vano bloquear las asperezas/ Cuna de estas proezas»¹⁵⁵.

Por su parte, el poema dedicado al siglo IX y titulado *Dominación de los reyes francos en Cataluña* versa así:

«Y corría el año de ochocientos uno/ Y Carlos, que oportuno/Auxilio a Cataluña dar quería/ A Ludovico Pio su hijo envía/ *Del Catalan instado*/
En gran parte del país reconquistado; / Llega de Cataluña a los umbrales/
Y le aclaman señor los naturales/ Ganada Barcelona,/ Lérida, el Penadés y Tarragona./
De la provincia dueño,/ Fue el gobierno político su empeño/ Pasa a Aquisgrán de Cataluña en donde/ Bara quedó Gobernador o Conde/
Este lugar-teniente, ilustre Godo,/ Este, todo valor, hazañas todo,/ Después que de los árabes del Betis/ Triunfó...»¹⁵⁶.

Si el hecho de que Bofarull reconozca la primacía del movimiento asturiano a estas alturas no me mueve a hacer ningún comentario, sí lo es el hecho de que interprete la incursión carolingia como un «auxilio» que se presta a instancias de los mismos catalanes. Ello trasluce la idea de que fueron los propios catalanes quienes comenzaron la reconquista del territorio y, por lo tanto, ello conecta directamente con la posterior «independencia» de Wifredo, cuya legitimidad se fundamenta en el hecho de haber adquirido por «derecho de conquista» un territorio —la «Marca española»— que se encontraba en manos de los sarracenos y en la «aclamación de sus súbditos»¹⁵⁷. Esta lectura puede corroborarse con el poema dedicado al siglo X que se intitula *Condes soberanos*:

«Wifredo, primer conde soberano/ Merced de Carlos Calvo, cuando ufano/
El sarraceno vil casi ocupado/ Tenía de Barcino el gran condado/
Wifredo, pues, que al anterior Wifredo/ Debió el ser, el espíritu

¹⁵⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 3.

¹⁵⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 4.

¹⁵⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 45.

y el denuedo/ De todos sus estados/ Los árabes echados/ Su propensión a la piedad explica/ Y monasterios funda y reedifica»¹⁵⁸.

La introducción comienza con la invasión musulmana y la «lamentable batalla de Guadalete», tras la cual «quedó aniquilada la monarquía goda en España»¹⁵⁹. Sin detenerse a narrar las vicisitudes posteriores a la derrota de Guadalete, Bofarull encamina directamente su discurso hacia los acontecimientos de los territorios orientales, explicando que «Barcelona, como todas las demás poblaciones y territorios de la malhadada Península, tuvo también que sujetarse al yugo de los Victoriosos y afortunados muslimes», pero señalando que «el carácter bravo y sostenido de sus naturales favorecido de la aspereza del país, no les dejó gozar tranquilamente ni por largo tiempo del fruto de esta conquista»¹⁶⁰. Los párrafos sucesivos serían una reiteración de la idea rectora del libro, a saber, que fueron los propios godos, refugiados en Septimania tras la invasión musulmana, quienes, «auxiliados y capitaneados» por los carolingios, «recuperaron la libertad» y la ciudad de Barcelona, adquiriendo la plena soberanía condal y extendiéndola posteriormente sobre diversos «estados en Francia» y España (Tortosa y Lérida), «conservando siempre la sucesión masculina de Wifredo el Velloso»¹⁶¹.

Las implicaciones profundas de la argumentación de Bofarull no pueden escapar al lector: de forma explícita, nuestro archivero sostenía que en Cataluña existía una sucesión que no se rompía nunca entre los visigodos y los catalanes, por lo cual si algún pueblo podía reivindicar esa herencia goda, era nada más y nada menos que el pueblo catalán. Bofarull evidentemente conocía todas las polémicas que había en la historiografía con respecto a los orígenes étnicos de los que resistieron en Asturias —polémica que se solucionó cuando todos se convirtieron en «españoles»—, así que lo que hacía era declarar sin ambigüedades que los condes catalanes gozaban de una legitimidad incuestionable, primero, por ser descendientes directos de los godos y, segundo, por haber obtenido de los propios carolingios el reconocimiento de su condición condal. Tal argumento no podía ser sino el punto culminante del discurso histórico inaugurado por Pujades y que pasaba por Feliu de la Peña. De esta suerte, la figura de Wifredo quedaba consagrada como la del verdadero fundador de la patria y el resto del libro estaría destinado a demostrar, con base en la documentación de archivo, tal premisa¹⁶².

¹⁵⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 6.

¹⁵⁹ *Ibid.*, vol. I, pp. II.

¹⁶⁰ *Ibid.*, vol. I, p. II-III.

¹⁶¹ *Ibid.*, vol. I, pp. III-V.

¹⁶² Así, por ejemplo, para demostrar la conquista de Montserrat y de todo el condado de Manresa por el Velloso, Bofarull cita «... la sentencia que dio el conde D. Ramón Berenguer I a 3 de las nonas de junio del año veinte y tres de Roberto 1019, en aquellas

Pablo Pi Ferrer (1818-1848) y Francisco Pi y Margall (1824-1901): exaltando las bellezas (y la historia) de Cataluña

En 1849, Pablo Pi Ferrer y un joven Francisco Pi y Margall¹⁶³ —ambos abogados barceloneses de extracción humilde— publicaron dos gruesos y lujosos volúmenes dentro de la colección «Recuerdos y Bellezas de España» dedicados a Cataluña¹⁶⁴. La obra pertenece a aquel tipo de trabajos que, editados en gran formato, buscaban dar la mayor cantidad de noticias eruditas sobre una urbe con el fin de dar a conocer el patrimonio histórico-monumental de la misma. Algo que llamó poderosamente mi atención fue el gran lujo con el que estaba encuadrada: pastas duras en color rojo, papel de primerísima calidad, el texto a doble columna, los grabados de gran tamaño, a veces a doble página. Es verdad que ello quizás sólo signifique que era un libro destinado a un público selecto y con cierto poder adquisitivo, y que, por tanto, se trate sólo de una cuestión de ornato y prestigio. Pero me parece que al realizar esta obra se pensaba también en exaltar el Principado de Cataluña mediante la reivindicación de su patrimonio a través del arte del grabado¹⁶⁵.

Del volumen primero centro mi interés en el capítulo dedicado a la ciudad de Barcelona. Los párrafos consagrados al inicio de la resistencia «española» contra los invasores musulmanes reflejan claramente las nuevas claves de lectura que venimos analizando. Sin embargo, su interés en esta ocasión no radica tanto en el uso de términos como *españoles* y *lanzar de la patria a los hijos de Mahoma*, sino en el hecho de que los autores asumen que el alzamiento catalán se hizo siguiendo el ejemplo de «otros españoles». De esta forma, los escritores no sólo se asumían plenamente como españoles, sino que admitían que Cataluña pertenecía a la nación española y contribuían, con su obra, a conformar el discurso de la historia nacional desde una perspectiva catalana:

«Con la invasión de los moros cayó también Barcelona, y se entregó por negociaciones a las tropas de Abdalaziz, conservando

palabras. “Abatía sancte Ceciliae cum omnibus sibi circumjacentibus Ecclesiis quae sitae sunt in monte quem dicunt Serrato, quas abavus meus Wifredus comes tulio de manibus Agarenorum, et dedit predictio coenobio (de Santa María de Ripio) per scripturam donationis, et proavus meus Suniarus proles jam dicti Wifredi confirmavit eundem locum cum Eclessis suis”. Lo dicho basta para que en adelante no se dude ya más de la soberanía de D. Wifredo el Velloso en su condado de Barcelona, ni de sus gloriosos hechos de armas y conquistas que se le adquirieron». *Ibid.*, vol. I. pp. 19-20. Ejemplos similares se encuentran en el vol. I, pp. 45 y 143.

¹⁶³ Véase PASAMAR y PEIRÓ, *D.H.E.C.*, *op. cit.*, pp. 492-494.

¹⁶⁴ PI FERRER y PI Y MARGALL, *op. cit.*

¹⁶⁵ Cfr. SOBREQÜÉS, *op. cit.*, p. 20, y AURELL, *op. cit.*, p. 267.

siempre sus moradores el uso de su religión y la posesión pacífica de sus bienes, con la sola obligación de pagar un cierto tributo. Pero aquellos esforzados españoles no podían sufrir por mucho tiempo el yugo de unos extranjeros que profesaban otra creencia, otras costumbres. Retiráronse los más a la espereza de sus montes, y desde allí, como en las montañas de Asturias otros españoles empezaban a lanzar de su patria los hijos de Mahoma, aquellos valientes catalanes, desnudos, hambrientos, hicieron resonar la bocina de ataque y lucir la espada de venganza en los oídos y ojos de los invasores por espacio de ochenta años»¹⁶⁶.

La continuación de este párrafo evidencia una serie de ambigüedades que demuestran que la primera mitad del siglo XIX fue una época de ajuste del discurso historiográfico. De esta suerte, los autores fundamentan el vínculo entre Carlo Magno y los catalanes en el hecho de que ambos eran cristianos, obviándose así por un momento la tónica españolista en lo que parece un destello de las concepciones de la historiografía anterior. Al mismo tiempo, los escritores juegan con la figura de Carlomagno: por un lado, afirman que quienes fueron a pedir auxilio al emperador fueron los catalanes —por lo que es a ellos a quienes se debe el inicio de la restauración— y sostienen también que fueron los naturales quienes llevaron bajo sus hombros la mayor parte del cerco que terminó con la rendición de Barcelona en 801; sin embargo, reconocen también que si Barcelona se conquistó fue gracias al «auxilio» del emperador y que los catalanes «espontáneamente» reconocieron cierta obediencia en señal de gratitud por la ayuda recibida. Así, el papel de los francos se ve reducido simplemente a una «colaboración» y la gloria del inicio de la recuperación de la futura ciudad condal únicamente a los catalanes. Puede encontrarse una conexión entre estos planteamientos y los de Próspero Bofarull, pero me parece también que hay una lectura más: si los catalanes son también españoles, la empresa de «echar a los moros de la patria» corresponde, exclusivamente, a éstos, y ninguna otra nación puede pretender semejante gloria¹⁶⁷.

Es en el volumen segundo donde puede apreciarse con mayor nitidez la voluntad de construir un discurso histórico nacional —entendiendo por tal, «español»— desde una perspectiva catalana. En el proceso de construcción de ese discurso los autores utilizarían de forma más o menos indistinta los términos *restauración* y *reconquista*, aunque uno y otro parecen hacer referencia a dos cosas distintas. Ambas ideas aparecen contenidas en el título del capítulo segundo, uno de cuyos epígrafes reza

¹⁶⁶ PI FERRER y PI Y MARGALL, *op. cit.*, vol. I, p. 17.

¹⁶⁷ *Ibid.*, vol. I, pp. 17-18.

así: *Ojeada a los orígenes de la restauración española. Restauración de Cataluña y recobro de Barcelona*¹⁶⁸.

A lo largo de estas páginas, los autores narran la conquista de la ciudad de Barcelona por los musulmanes, momento en el que «vino a constituirse en plaza primera de esa raya y en centro de los armamentos y apoyo para invadir la Septimania y Galia»¹⁶⁹, y describen las expediciones musulmanas contra Francia así como la manera en que a la postre los francos «iban sojuzgando los pueblos de la Galia confinantes con el Pirineo», difundiendo «la esperanza en los cristianos por aquellas tierras y por toda la frontera o Marca Española, que desde entonces dio mayores muestras de los gérmenes de resistencia patriótica que en sus asperezas abrigaba»¹⁷⁰.

En este punto, los autores reivindican el papel de la Marca Hispana, señalando que la resistencia en el Pirineo, si bien pudo inspirarse en el movimiento de Pelayo —a quien consideran un «mero caudillo» y no un auténtico monarca—¹⁷¹, en última instancia nació de un auténtico espíritu patriótico y, además, de forma prácticamente simultánea. La idea es clara: Cataluña participó con la misma prontitud y con el mismo sentimiento patriótico que el resto de los territorios en esa empresa nacional que fue «la restauración de España»:

«... A la otra parte de aquellos Pirineos interiores que miran al mar Cantábrico se enarboló el estandarte de la independencia, y pocos años después de la entrada de los árabes un varón insigne llamado Pelayo por los cristianos, fue encargado de mantenerlo. Mas si bien sobre su existencia no cabe duda, le envuelve una oscuridad todavía no disipada, y cuenta en otros caudillos cristianos otros tantos émulos en patriotismo y en títulos a la gloria de haber dado comienzo a la restauración de su patria por amor a la independencia»¹⁷².

Es esta lectura en claves patrióticas la que explica el uso por parte de los autores del término *reconquista*. Sin embargo, esta utilización lleva implícita una carga ideológica, porque ya hemos visto que consideraron que fueron los propios naturales —es decir, los visigodos— los que iniciaron la conquista del territorio y pusieron cerco a la futura ciudad condal. Al insistir en los oscuros orígenes del movimiento asturiano y trazar una relación directa entre los godos que se ven obligados a huir y

¹⁶⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 57.

¹⁶⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 58.

¹⁷⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 61.

¹⁷¹ *Ibid.*, vol. II, pp. 63-64.

¹⁷² *Ibid.*, vol. II, p. 63.

los godos que recuperan Cataluña¹⁷³, los autores lanzan una idea clara: la única y auténtica *reconquista* es la que se inicia en Cataluña:

«En esta provincia [Septimania], tan misteriosa como poco deslindada en lo que a esa época concierne, fue donde fermentaron los principales elementos para la reconquista de Cataluña. Refugio de los visigodos que huían de España, en particular de la Tarraconense, quedó allende el Pirineo entregada a sí misma como un resto de la monarquía, e indudablemente quedó regida por un duque y varios condes. Allí fue el postrer baluarte del imperio godo: todas las expediciones y el singular ahínco de los musulmanes en concentrar sus fuerzas sobre Anfranc convencen que allí se formó el foco de la resistencia más trascendental, y aun después de rendida y estregada por entrambas muchedumbres de infieles y cristianos del Norte, supo mantenerse con fuerzas bastantes a inclinar la balanza hacia la parte menos temible, oponerse y rechazar los ataques de los pueblos franco-germanos semi-bárbaros, y cuando le convino, entregárseles y echar a los sarracenos»¹⁷⁴.

Las páginas sucesivas están consagradas al cerco de Barcelona en las que no se asientan novedades informativas respecto del relato tradicional. Sin embargo, me parece oportuno destacar el último párrafo, en el que se señala que tan importante fue la conquista territorial como la restauración del cristianismo y la reorganización administrativa de las comarcas conquistadas¹⁷⁵. Esta reorganización, encabezada por Ludovico, consistió en guarnecer la ciudad «con fuerte presidio de godos, ya fuesen oriundos de la Vecina Gocia o Septimania, ya tal vez de la misma Cataluña, e indisputablemente enlazados con vínculos de parentesco con los antiguos dueños de esas mismas tierras que habían sido forzados a guarecerse allende el Pirineo». Finalmente, el rey de Aquitania otorgó el mando de Barcelona «con título de conde a Bera, también godo»; lo cual —según los autores— «acaba de confirmar cuanta parte les cupo en toda la empresa a los cristianos de estas comarcas»¹⁷⁶.

En la interpretación que hacen nuestros historiadores no debe verse un nacionalismo catalán incipiente como se entiende hoy en día. Prima

¹⁷³ Así lo manifiestan cuando tratan las incursiones carolingias. *Ibid.*, vol. II, p. 75.

¹⁷⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 69.

¹⁷⁵ «Fue esta entrega [la de Barcelona] a fines de octubre de aquel año 801, y como acaeció en sábado y la fe de Cristo no guiaba entonces las armas de aquellos guerreros menos que los intereses del estado y el amor de la gloria, posesionáronse de la ciudad fuerzas bastantes, mas la entrada del rey se aplazó para el siguiente día. Entre tanto la antigua iglesia catedral de Santa Cruz, ahora profanada y hecha mezquita de los sarracenos, fue purificada y devuelta a la verdadera religión...». *Ibid.*, vol. II, p. 85.

¹⁷⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 85.

en su discurso, es cierto, una óptica catalana sobre el pasado de la historia de España, pero me parece que al hacer esta nueva lectura lo que plantean simplemente es restar fuerza al modelo historiográfico casticista y señalar la importancia que otros territorios han tenido dentro del proceso histórico español. Que a veces cargan las tintas y su patriotismo traspasa la objetividad que se desea en el discurso histórico tampoco se puede negar; pero es que ésta no era una obra de historia, sino que era, ante todo, una obra para exaltar las glorias catalanas¹⁷⁷.

Andrés Avelino Pi y Arimón (1793-1851): el gusto por la erudición

De forma paralela a la publicación de los primeros tomos de la *Historia de España* de Lafuente, fue editada la monumental *Barcelona antigua y moderna* (1854) del académico de número de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona Andrés Avelino Pi y Arimón¹⁷⁸, la cual continuaba la línea abierta por Pi Ferrer y Pi y Margall ofreciendo una importante colección de notas eruditas y curiosas acerca de diversos aspectos de la ciudad condal.

La introducción se abre con una sucinta relación de la historia del condado en la que el autor ofrece una versión catalanista de la historia, según la cual fueron los propios barceloneses quienes, cansados de llevar «todo el peso del infortunio, sufriendo los males consiguientes a su esclavitud y a los progresos y descalabros de las armas de sus opresores», decidieron, «tras largos años de ominosa servidumbre [...] adquirir una noble independencia». Una vez iniciada la lucha, tanto los godos «fugitivos» refugiados en la comarca como el rey de Aquitania acudieron en ayuda de los barceloneses¹⁷⁹. Tal interpretación evidenciaba la cobardía de los visigodos, insistía en el valor de los barceloneses —los «auténticos españoles»— que habían permanecido para defender su ciudad y hacía de la intervención

¹⁷⁷ Pere Anguera ha señalado la necesidad de conocer el verdadero impacto de las obras de Pi Ferrer, Balaguer y Bofarull entre sus coetáneos «para poder valorar con exactitud hasta dónde contribuyeron a la difusión de la historia nacional y a su conocimiento». ANGUERA, *op. cit.*, p. 87.

¹⁷⁸ Andrés Avelino Pi y ARIMÓN, *Barcelona antigua y moderna, descripción e historia de esta ciudad desde su fundación a nuestros días. Contiene la topografía de Barcelona, su clima, calles y plazas, monumentos antiguos y modernos, palacios y edificios reales, nacionales, religiosos, civiles, públicos y particulares, gobierno y legislación antiguos y modernos, instituciones religiosas, científicas, literarias, artísticas y filantrópicas, estados eclesiástico, judicial, civil y militar, hombres ilustres, estadística, bibliografía, marina, comercio, industria, descubrimientos, inventos, historia política desde la época de los Cartaginenses hasta el año 1843, servicios, méritos, privilegios, etc.*, 2 vols., Barcelona, Imprenta y Librería Politécnica de Tomás Gorchs, 1854.

¹⁷⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 2.

carolingia no una invasión, sino una campaña de apoyo a favor de quienes originalmente habían planteado iniciar la resistencia¹⁸⁰. Ello explica, según el autor, que los propios barceloneses se entregasen a Luis I como reconocimiento por la ayuda recibida y salvaba la premisa del amor constante de los catalanes por su libertad. Finalmente, la conquista de la ciudad condal fue presentada como el momento fundacional del Estado de Aragón —por «el enlace de don Ramón Berenguer IV con doña Petronila de Aragón»—, el cual, andando los siglos y gracias al matrimonio de Fernando e Isabel, formaría parte de la «gran Nación Española»¹⁸¹.

A lo largo del primer volumen encontramos diversas noticias históricas relativas a la dominación musulmana en las que es posible constatar una intensa carga patriótica, la continuidad de una óptica catalanista y el amor a la libertad como eje articulador del discurso¹⁸². Así, por ejemplo, en el capítulo segundo, Pi y Arimón señala que durante el reinado de Rodrigo, «circunstancias influyentes [...] lanzaron a nuestro suelo innumerables ejércitos de árabes que, extendiendo a donde quiera el terror y la muerte, redujeron lo restante a la más atroz esclavitud. Cataluña hubo de humillar también la cerviz ante el alfanje del conquistador y someterse al gobierno que éste le impuso siguiendo la suerte de los demás pueblos españoles»¹⁸³. Párrafos más adelante, diría que Barcelona estuvo «sujeta [...] durante la dominación de los árabes al sistema de gobierno que éstos llevaron a los pueblos conquistados» para terminar señalando que

«así subsistieron las cosas hasta que los catalanes, ayudados por las armas de Ludovico Pío, vencieron a los mahometanos y los arrojaron del suelo patrio, sacudiendo de esta manera la servidumbre a que en mal hora se miraron reducidos. Este suceso tan glorioso, cual feliz, dio al través con el sistema de gobierno anterior, y colocó en su lugar otro más acomodado a las creencias, usos y costumbres de los hijos de Cataluña»¹⁸⁴.

Es en el volumen segundo donde volvemos a encontrar noticias históricas sobre los acontecimientos del siglo VIII, en esta ocasión desarrolladas ampliamente. De esta suerte, nuestro autor ofrecía una descripción sobre la Península Arábiga, relataba los orígenes de Mahoma, la manera en que los musulmanes habían conquistado el norte de África y la forma en que fueron seducidos por las riquezas de España. A continuación, explicaba el

¹⁸⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 3.

¹⁸¹ *Ibid.*, vol. I, p. 3.

¹⁸² Llegaría a interpretar la expedición carolingia sobre Barcelona como una «dominación francesa». *Ibid.*, vol. I, p. 42.

¹⁸³ *Ibid.*, vol. I, p. 24.

¹⁸⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 25.

modo en que «un cúmulo de infaustas circunstancias políticas» brindaron ocasión a los musulmanes de emprender la conquista de la Península al ser llamados para intervenir en la guerra civil¹⁸⁵. Sin hacer ni siquiera ya mención de la leyenda de la Cava, Pi y Arimón describe la expedición de Tariq y la batalla de Guadalete sin poder añadir nada nuevo. Tras relatar la conquista de Toledo y el recorrido que siguieron los invasores, ofrece algunas notas sobre las campañas llevadas a cabo en Francia. Es en este punto donde nuestro catalán vuelve a tocar el inicio del movimiento de «independencia», refiriéndose a él como una «reconquista» e insistiendo en el hecho de que fueron los propios «españoles» quienes lo comenzaron:

«A mediados del mismo siglo (759), los francos arrojaron de su territorio los últimos restos de los sarracenos; y los españoles refugiados en aquel reino a consecuencia de la invasión de su patria, auxiliados por sus monarcas, principiaron a inquietar a los que dominaban en Cataluña [...] Las guerras civiles que por aquellos días se movieron entre los mismos árabes por la emancipación de España de la obediencia de los califas de Damasco y la proclamación de la dinastía Beni Omeya [...] favorecieron mucho a los cristianos en la empresa de la reconquista»¹⁸⁶.

En los párrafos sucesivos, Pi y Arimón da por buenas las leyendas sobre Otger Cataló. Sin embargo, también es cierto que las utiliza a favor de su interpretación catalanista, pues pretende demostrar que tales incursiones, aunque tempranas, no tuvieron el éxito deseado y, por lo tanto, la gloria no correspondería a los francos —léase franceses— sino a los catalanes¹⁸⁷. A continuación, nuestro autor aborda la expedición de Carlomagno contra Zaragoza y su derrota «sangrienta y terrible» en Roncesvalles a manos de los vascones. Tal derrota servía a Pi y Arimón para ridiculizar a los francos y para poner de manifiesto el hecho de que, al menos en esa ocasión, Carlomagno no había logrado dominar el territorio comprendido entre el Ebro y los Pirineos. «Y causa en verdad no poca extrañeza —agregaba en tono irónico— que en tiempos muy recientes hayan querido, si no con dolo con la más crasa ignorancia, hacer valer esta supuesta conquista para reunir a su imperio el referido territorio». Pi y Arimón explicaba más adelante que, humillado, Carlomagno juró vengarse de la afrenta sufrida en Roncesvalles y que, con el fin de que «en adelante sus armas influyesen directamente y con más eficacia en las cosas de España», designó a Luis como rey de Aquitania y éste conquistó Gerona y «con el auxilio de los cristianos que moraban en ella, como también a Urgell y sus comarcas»¹⁸⁸.

¹⁸⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 46.

¹⁸⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 440.

¹⁸⁷ *Ibid.*, vol. II, p. 441.

¹⁸⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 442.

Tras narrar los enfrentamientos que se sucedieron en Cataluña entre cristianos y musulmanes por el control de la región, nuestro académico relataba en el artículo sexto el «sitio y toma de Barcelona por Ludovico Pío»¹⁸⁹. Lo más significativo es el tono patriótico-político que adquiere el discurso, puesto que eran pocos los datos nuevos que el erudito catalán podía aportar:

«Si no se quería que el país quedase en el estado más lastimoso por la general emigración de sus despavoridos naturales, si se deseaba infundir a éstos necesaria confianza [...], preciso era excogitar una medida enérgica que tuviese a raya para siempre la audacia de las huestes sarracenas. La naturaleza estaba indicando que la más propia y conducente para el objetivo era la dominación de Cataluña, provincia intermedia entre los reinos aquitano y árabe, afianzada por la posesión de Barcelona. El espíritu público acogió con entusiasmo este proyecto salvador, y el gobierno, convencido de su utilidad, se encargó de llevarlo a cabo con la urgencia que reclamaban el temor y el llanto de los desmantelados pueblos»¹⁹⁰.

Pi y Arimón describía a continuación la forma en la que se llevó a cabo la expedición contra Barcelona. Es en la conclusión del episodio donde encontramos el vocablo *reconquista* para hacer referencia a la toma de la ciudad:

«Así fue reconquistada Barcelona, a los ochenta y ocho años de haberla ocupado la hueste de Muza ben Noseir, después de dos años de bloqueo y siete meses de sitio riguroso. Este señalado suceso, que era como el eco de los triunfos de Pelayo en Covadonga y de Alfonso el Casto en Lodos (Asturias) ejerció considerable influencia en la grandiosa obra de la restauración española; aunque no produjo a los francoaquitanos todo el bien que de él se prometieran, pues no puso a cubierto sus provincias de las devastadoras invasiones musulmanas»¹⁹¹.

Termino mi análisis de la obra de Pi y Arimón señalando que el artículo VII se titulaba «Sucesos consecutivos a la reconquista de Barcelona» y que esta utilización para hacer referencia a un momento preciso en la historia se reforzaba con la forma en que estaba redactado el primer párrafo: «Pasáronse, al parecer, algunos años desde la reconquista de Barcelona, sin que esta ciudad ni lo restante de las posesiones francas en Cataluña, vieses alterada su paz por las armas agarenas»¹⁹². Es signi-

¹⁸⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 446.

¹⁹⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 446.

¹⁹¹ *Ibid.*, vol. II, p. 452.

¹⁹² *Ibid.*, vol. II, p. 454.

ficativo que sea en la obra de un catalán donde se encuentre una de las primeras veces en las que se emplea el vocablo reconquista con esta significación. Y me parece que ello se explica como lógica consecuencia de la línea de interpretación catalanista que continúa Pi y Arimón: si fueron los barceloneses los que iniciaron las hostilidades contra los musulmanes —y no Luis el Piadoso ni ningún otro goda— entonces podía hablarse de una reconquista de la ciudad, no por los cristianos, sino por los propios catalanes.

Tras el recorrido que hemos realizado por la historiografía de la primera mitad del siglo XIX podemos constatar el nacimiento de la «memoria-nación» identificada por Pierre Nora; un fenómeno gracias al cual «la nation pren[ds] conscience d'elle même»¹⁹³. La historiografía española refleja claramente esta toma de conciencia en dos momentos distintos: la invasión napoleónica y la década de 1840. En el primer caso, las imágenes elaboradas en torno a la invasión islámica fueron actualizadas para servir como agentes de movilización popular y resistencia frente a los nuevos invasores; en el segundo, la guerra contra el islam sirvió de elemento integrador de la historia de las distintas regiones y, en consecuencia, como un factor de primer orden en la constitución de una identidad histórica.

Gracias a la contribución de los historiadores extranjeros, que eliminaron del discurso histórico las explicaciones morales sobre la caída del reino visigodo y privilegiaron las de orden político —luchas civiles de las élites visigodas, ambición de los musulmanes—, los historiadores españoles se vieron obligados a desentrañar desde nuevos planos interpretativos los acontecimientos del siglo VIII, abandonando la óptica providencialista y privilegiando los aspectos políticos y territoriales del conflicto entre cristianos y musulmanes. En consecuencia, la batalla de Covadonga se consideró como el hecho fundacional de la nación y la lucha de Pelayo —el héroe y patriota por definición— se entendió como el inicio de una gesta nacional en contra de unos invasores extranjeros mediante la cual se pretendía recuperar el territorio y restaurar la organización civil y eclesiástica. En consecuencia, el término *reconquista* —cuya carga semántica se encontraba en proceso de construcción— fue empleado cada vez con mayor frecuencia por autores como Antonio Alcalá Galiano, Eugenio Tapia, Andrés Avelino Pi y Arimón y Louis Romey.

Dentro de este marco, la historiografía catalana buscaría contribuir a la construcción de ese discurso nacional —español— desde una óptica propia y con el objetivo de reivindicar el papel del antiguo condado en las gestas nacionales, por lo que la figura de Wifredo el Velloso fue exal-

¹⁹³ NORA, *op. cit.*, vol. II***, p. 648.

tada sobre la de los carolingios, equiparándolo, inclusive, con el propio Pelayo. Con ello se pretendía neutralizar el excesivo casticismo del que hacían gala las historias generales y demostrar que Cataluña había participado, como cualquier otra región de España, en la lucha contra los invasores extranjeros. En este sentido, debe subrayarse la importancia que tiene el hecho de que tanto en Cataluña como en Castilla se construya la nueva identidad nacional teniendo como referencia histórica un mismo proceso: la expulsión de los musulmanes. Y es que, como señala Pierre Nora, el siglo XIX es «la nation se récupérant comme passé à travers toute l'historiographie romantique et libérale [...] C'est la Nation surtout comme projet unifié créant décisivement les instruments d'exploration et de conservation de sa propre mémoire»¹⁹⁴. En España, sería a partir de la segunda mitad de la centuria cuando la nación se manifieste de forma incontrovertible en la historiografía y cuando, de forma paralela, se consolide el término *reconquista*.

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 649.

